

LA CALLE DE LA CABEZA PERDIDA

JEAN RAY

LA DESAPARICIÓN DE LAS SEÑORAS SLOWBY Y WOOD

A mediados de octubre, Harcester —igual que las otras pequeñas ciudades del centro de Inglaterra— huele a manzana, a mora, a almíbar, al hollín de los hornos insistentemente activados, a los azucarados perfumes procedentes de la confección de confituras caseras.

Miss Arabella Slowby —Bella—, que había venido al mundo a la sombra del magnífico campanario de la vieja catedral de San Pedro y que, desde entonces, jamás había abandonado aquella saludable vecindad, no dejaba de seguir la encantadora tradición.

En la inmensa cocina de su recia y antigua casona, trajinaba en delantal blanco ante un imponente perol de cobre esmaltado, vigilando la ebullición del almíbar que se teñía lentamente de rojo oscuro.

Sara Fleggs, su sirvienta, ayudaba en lo que podía y, sobre todo, encajaba sin responder ni sublevarse las ásperas observaciones de su señora.

En la habitación de al lado —una pequeña sala limpia y anticuada que se destinaba a las interminables labores de tapicería—, miss Betsy Wood, prima de la activa Arabella, tejía zapatillas para una obra de caridad del municipio. Miss Betsy, cuando se encontraba trabajando en dicha sala, desde la que podía verse la calle, tenía una misión particularmente concreta: debía ir refiriendo en voz alta y sin parar todo lo que sucedía, de modo que ni su prima Bella ni la sirvienta Sara, aunque privadas del espectáculo, se perdieran ningún detalle del vaivén callejero.

Por lo común, esta vigilancia en el cuarto vecino se traducía de la siguiente forma:

—El perro del boticario ha mancillado otra vez el pilón de enfrente de casa del quincallero.

—Son las cuatro y el señor Niggins va a beber su vaso de brandy a la taberna de "El Espectro Dorado".

—Oigo ruido de ruedas, pero no veo nada. Probablemente es el cabriolé del médico que ha pasado sin doblar la esquina.

—Por ahí viene la señorita Balusot, la francesa, que irá a rezar a San Antonio.

Ante esta noticia, miss Betsy estaba segura de oír a Bella y a la sirvienta comentar a dúo:

—¡Para que le busque un marido!

Pero en esta memorable tarde, la tejedora anunció de pronto, con voz entrecortada y dejando caer nerviosamente un paquete de agujas de hacer punto:

—Un caballero acaba de aparecer en la esquina de la calle... Mira las casas; cuenta los números... Consulta una agenda de bolsillo. Tiene un aire muy correcto... El, él..., ¡olí Dios mío!, atraviesa la calle, va a llamar a nuestra casa... ¡Ha llamado!

En efecto, la campanilla de cobre sonó.

—Vaya a abrir, Sara —ordenó miss Arabella, temblando de impaciencia—, y recójase la punta del delantal para que no se le vean las manchas de confitura... ¡Señor, qué torpe es esta chica! ¿Va a hacer falta que vaya yo misma a abrir nú puerta a los extraños?

El visitante fue introducido en el salón, donde miss Arabella Slowby se había unido a su prima.

La conversación se eternizaba ante la creciente desesperación de Sara Fleggs, que no conseguía oír una sola palabra. Debía ser algo muy importante porque, al cabo de una media hora, miss Bella salió del salón y fue a buscar ella misma a la bodega una botella de oporto.

La sirvienta estaba casi enferma; en casa de miss Slowby se bebía oporto una vez al año, el día de la Epifanía. Pero aún no había llegado al colmo de su sorpresa.

Cuando anocheció, miss Bella volvió a la cocina a darle unas órdenes realmente pasmosas:

—Ponga la mesa en el comedor, Sara. Se entiende que tres cubiertos, Saque la vajilla de Limoges...

—La de Limoges... —repitió la sirvienta como un eco.

—Sirva la ensalada que teníamos para la comida de mañana; vaya después a la tienda y compre ternera fría; un poté de pichones y traiga también un bizcocho relleno de la pastelería de Cummings... Espere, saque vino de Burdeos y de Graves...

Esta vez la buena de Sara Fleggs no pudo disimular por más tiempo su explicable curiosidad.

—Dios mío —exclamó—, ¿es posible? Sí, sí, señorita, haré todo eso... ¡Debe ser un auténtico señor el que usted ha recibido!

—Sin duda, hija mía —replicó su señora con altivez. Y Sara se fue apenada y despechada. Se consoló atravesando a toda prisa la explanada de la iglesia, para disponer de unos minutos más y poder comunicar la insólita noticia, aún caliente, a la señora Cummings y a Mearoyd, el tendero, y por último a las señoritas Jason, que iban dos veces por semana a jugar una partida de pinado a casa de miss Slowby.

No hacía falta nada más para apasionar a todo Harcester.

La señora Cummings, después de haber servido el bizcocho, fue en busca de su marido, que se ocupaba de amasar la pasta para el día siguiente, y le dio permiso para ir a beber un vaso a la taberna de "El Espectro Dorado", con la única intención de que hiciera difundir la novedad.

Aunque aquél no fuera el día de la partida de pinacle, la más joven de las señoritas Jason se acercó a casa de miss Slowby con el pretexto de llevarle un bote de confitura de membrillo recién hecha.

Fue recibida en el vestíbulo y despedida con breves excusas. Tenían una visita en el salón. Nada más... En fin, lo suficiente para provocar poco menos que una enfermedad en casa de las señoritas Jason.

La cena transcurrió en una impenetrable atmósfera de misterio, al menos para Sara Fleggs. Aunque todavía quedaba bastante claridad y las señoras escatimasen mucho en relación con el gasto de luz, se corrieron cortinas y visillos y se encendió la lámpara de gas... ¡La de tres brazos!

Sara se vio definitivamente relegada a la cocina, ya que fue miss Betsy Wood, todavía

menos comunicativa que su prima si ello es posible, quien se encargó del servicio entre el office y el comedor, donde estaban consumiéndose tantas cosas apetitosas.

—¡Es el fin del mundo! —gemía la muchacha—. La vida ya no es posible... No, no, todo esto no se ha visto jamás...

A las nueve, momento en que las señoras solían acostarse —a excepción de los días de velada de pinacle, en que rebasaban en treinta minutos ese límite de horario—, el festín duraba todavía.

Miss Bella había bajado varias veces a la bodega para subir con más botellas de vino.

A las nueve y media, miss Wood fue a llevar un gran vaso de vino tinto a Sara, diciéndole que podía acostarse. La pobre hizo una última tentativa para enterarse de algo, pero se encontró con una mirada tan severa que no insistió, ya cansada de tanta hostilidad.

Una vez en su buhardilla, lloró amargamente ante semejante falta de confianza. Se durmió, no obstante, con la mejilla mojada de lágrimas y con un sueño entrecortado de pesadillas. Cuando se despertó comprobó con sobresalto que ya era de día y que los ruidos familiares de la calle anunciaban que debían ser cerca de las ocho.

¡Las ocho... y su despertador la arrancaba del sueño a las seis!

"¿Por qué no me habrán despertado las señoras?", fue la primera pregunta que se hizo mentalmente.

Después recordó vagamente los enojosos acontecimientos de la víspera y, apenas vestida, bajó a toda prisa a la cocina.

Todo estaba tranquilo y silencioso. Sara corrió al comedor. La mesa presentaba el desorden habitual de los fines de fiesta: el mantel arrugado, las servilletas manchadas de vino, sobras de comida e incluso un salero vertido.

La sirvienta notó que se le despertaba una sorda inquietud y llamó, con voz acongojada:

—¡Miss Bella...! ¡Miss Betsy...!

No obtuvo ninguna respuesta. El reloj de cuco cantó ocho veces, y en el jardín un mirlo silbó como burlándose.

Sara Fleggs subió de nuevo al piso alto con el presentimiento de cosas espantosas.

No tuvo paciencia para llamar y abrió la puerta del dormitorio de miss Slowby: estaba vacío y la cama no había sido usada. El mismo espectáculo la aguardaba en la alcoba de miss Wood.

La pobre no pudo esperar más. Salió de la casa gritando.

Un cuarto de hora más tarde, toda la ciudad estaba conmocionada.

El comisario de policía de Harcester, el señor Brewster, era un funcionario en espera de su jubilación, solterón y filósofo, algo volteriano y amablemente escéptico; habría podido brillar en la carrera policíaca si no se hubiese dejado llevar demasiado por su amor a la paz y a los libros.

Cuando el rumor de la singular desaparición nocturna de las señoras Slowby y Wood llegó a su despacho, ya había sido ampliado por innumerables sospechas e incluso por certezas unánimes de crímenes y raptos.

Sobre este último punto de vista el señor Brewster se contentó con sonreír: el poco

agradable físico de las dos primas, que ya rondaban los sesenta años, no le permitía ninguna duda a este respecto.

Realmente estaba decidido a hacerse el sordo por algo más de tiempo, si no hubiese sido porque su jefe inmediato, el honorable sir Mulberry, alcalde de Harcester y juez de paz del distrito, se molestó para venir a hablarle en persona del asunto.

El señor Brewster se vio, pues, obligado a convocar sobre la marcha a la apenada y aterrorizada Sara Fleggs.

—Entonces, ¿usted no llegó a ver al visitante?

—Verá, no, señor... Yo quería ponerme un delantal limpio y entonces llamó por segunda vez. Fue miss Betsy la que salió a abrirle y la que lo condujo en seguida al saloncito, cerrando la puerta.

—¿Lo oyó hablar...? En todo caso, usted no es sorda...

—Cierto, no lo soy —declaró la sirvienta con vehemencia— y le confieso que me acerqué varias veces a la puerta del salón y a la del comedor, pero siempre era miss Bella o miss Betsy quienes hablaban...

—¿Y no oyó usted nada en toda la noche?

—Nada, señor comisario. Aunque tengo buena memoria, no recuerdo haber dormido nunca tan profundamente...

La sirvienta cruzó repentinamente las manos y exclamó:

—¡Fue el vino!

—¿Cómo, qué vino?

—¡El que miss Wood me hizo beber! Sí, señor, parecía adormidera. Me dio un sueño de hierro...

El señor Brewster sonrió, comprendiendo muy bien que la pobre muchacha aludía a un somnífero.

Sara se explicaba atropelladamente; contó que miss Wood, que sufría de insomnios, tenía un frasquito de extracto de adormidera para intentar poner remedio a sus noches en blanco.

A instancias de sir Mulberry —del que además eran clientes, para asuntos notariales, las señoras Jason—, Brewster decidió llevar sus averiguaciones más a fondo, empezando por inspeccionar el lugar de los hechos.

Ayudado por la sirvienta, pudo comprobar que las señoras no se habían llevado ninguna ropa suplementaria, ni tan sólo un sombrero, y que miss Slowby, que calzaba unas pantuflas, ni siquiera se había ¡mosto unos zapatos. Hizo recoger lo que quedaba de vino en las botellas y en los vasos, con el propósito de analizarlo, cosa que encargó al señor Ashell, el boticario.

No había restos de ceniza ni de olor a tabaco en el salón, lo que hacía suponer que el visitante no había fumado.

Rendido por el ajetreo y convencido de no encontrar gran cosa, Brewster iba a retirarse cuando descubrió un pequeño dibujo pintado sobre el mantel. Representaba una especie de torre con almenas, erizada de tres alabardas y flanqueada en su base por un desdibujado friso de caballos.

Preguntó a la sirvienta si sus señoras tenían la costumbre de pintar en el mantel, lo

cual provocó una respuesta fulminante.

— ¡Pintar en el mantel! ¡Si una sola mancha de grasa les hacía casi desmayarse!

— Muy bien, me llevo el mantel —dijo Brewster, sin saber exactamente por qué lo hacía.

Aquella misma tarde, el señor Asher fue a llevarle los resultados negativos de su análisis y a exponerle claramente su opinión de que, a pesar de la ausencia de pruebas flagrantes, "un negro crimen había sido cometido".

El pregonero del pueblo había solicitado la colaboración de todas aquellas personas que pudiesen dar algún informe útil sobre el "visitante de las señoras Slowby y Wood", pero nadie, pese a la sempiterna vigilancia de los habitantes de Harcester, había visto a ningún extraño deambular por las calles, ni acercarse a la casa de las desaparecidas señoritas y llamar a su puerta.

Todo el mundo se encerró en su casa aquella noche y, al dar las ocho, la taberna de "El Espectro Dorado" vio a su último parroquiano escapar precipitadamente mientras declaraba que, a partir de entonces, habría que recelar de los malos encuentros.

EL VISITANTE DE MEDIANOCHE

Las hermanas Jason —Elody, Mathilde y Muriel— vivían en una hermosa y venerable mansión situada en la esquina de la Plaza Mayor y la calle de las Estatuas, llamada así porque se adornaba con los dudosos bustos de dos grandes personajes desaparecidos y, tal vez por ello, dudosamente representados.

Ricas y autoritarias, las hermanas Jason pertenecían a la pequeña aristocracia de la región y estaban no poco orgullosas de ello. Aunque llevasen su condescendencia hasta visitar por las tardes a algunas damas de Harcester, no devolvían jamás esa atención, por principio y sin duda por avaricia.

La única excepción de esta regla era el señor Abe Niggins, archivero de la villa y hombre de grandes conocimientos históricos y heráldicos. Con el tiempo, el señor Niggins había logrado reconstruir, a fuerza de indagaciones, el árbol genealógico de las Jason, garantizando la nobleza de la estirpe, lo cual justificaba ampliamente la generosidad semanal de ser recibido por dichas señoras.

Cada jueves el pedante viejo iba a beber una infusión de azahar, a mordisquear un bizcocho y a chupetear una ciruela confitada a la casa señorial de las Jason.

Alguna vez el señor Niggins estaba autorizado para hacerse acompañar de su sobrino Charley, un muchacho que había estudiado en Londres y que, después de obtener un diploma de farmacéutico de segunda categoría, aspiraba a suceder al boticario Ashel. Por cierto, que ese porvenir perfumado de salvia, de espliego y de ruibarbo, no debía tener nada de atrayente para un hombre joven y de agraciada apariencia, pero así lo había decidido el tío Niggins, hombre terco y rico, más rico si cabe que las hermanas Jason. Se contaba incluso, a media voz, que el testarudo viejo habría visto con buenos ojos la unión de los dos apellidos y las dos fortunas, a despecho de los veinticinco años de Charley y de los cuarenta bien cumplidos de miss Muriel Jason. El primer jueves de visita después de la noche de la doble desaparición, la charla estuvo natural y completamente dedicada a comentar el episodio. Las señoras Jason se habían metido en gastos. La infusión de azahar había sido reemplazada por café, los bizcochos secos por brioches con mantequilla, los frutos en aguardiente por un viejo chartreuse verde; incluso, en atención a Charley, una caja de cigarros aparecía sobre la mesa.

Las señoras Jason, aunque hermanas, formaban un contraste muy curioso: Elody, la mayor, era seca y angulosa; Mathilde, que ya rondaba la cincuentena, alta y colorada, y Muriel, la menor, pequeñita, delgaducha y de una apariencia tan gris que generalmente pasaba inadvertida.

El Sr. Higgins fue instado en seguida a tomar la palabra.

—Sólo puedo decir que a las cuatro fui a tomar mi vaso de brandy a la taberna de “El Espectro Dorado”... Excepcionalmente, me entretuve un poco, todo lo más un cuarto de hora... De no ser así, habría visto llamar al desconocido visitante a la puerta de las señoras Slowby y Wood.

—Si yo fuera de la policía —intervino miss Elody— haría una investigación sobre el

pasado de esas señoras, pero no soy de la policía y me interesa muy poco darle consejos a esa institución, donde todos deben ser tan juiciosos.

—Siempre las que conocido aquí, en Harcester —opinó el archivero moviendo meditativamente la cabeza—, pero nunca se sabe... “El corazón de las mujeres es un profundo vaso”, como dijo un poeta que sospecho debía ser francés.

—Nosotras las frecuentábamos —agregó la mayor de las hermanas Jasón— porque no existen mejores jugadoras de pinacle en todo Harcester, lo reconozco, y también porque las habladurías no me han importado nunca.

—¿Había habladurías en ese sentido? —preguntó Charley.

—Parece que hace tiempo...

Se interrumpió de pronto, los ojos fijos en su hermana más joven.

—Muriel, ve a vigilar el café —ordenó.

La trigüeña obedeció y se retiró diligente.

—Hay cosas que los oídos jóvenes no deben escuchar —explicó sentenciosamente la mayor—. Decía que hace algún tiempo miss Wood pasó en ciertas ocasiones por la calle de la Cabeza Perdida...

El señor Niggins le lanzó una mirada inquieta.

—¿Seguro? Es de lo más comprometido para una mujer, desde luego, aunque tal cosa no aclare nada.

—Es cierto, no aclara nada —replicó miss Elody con voz aguda—, pero yo no permitiría, por ejemplo, que Muriel hiciera otro tanto. ¿Por qué tolera el Ayuntamiento semejante abominación?

El señor Niggins aprobó suspirando y lanzó una rápida ojeada a su sobrino, que fumaba placenteramente un cigarro rubio y no parecía ni siquiera preocuparse de la conversación.

La calle de la Cabeza Perdida, así llamada porque una antigua estatua que había allí instalada en una hornacina carecía de cabeza, es una callejuela que bordea la parte de atrás del Ayuntamiento y que no tiene más que una sola casa: un viejo hotel de aspecto confortable y que gozaba de mala reputación por mostrarse complaciente con ciertas citas galantes. Debido a ello los habitantes de Harcester evitaban elegir ese camino y preferían dar un rodeo por las calles vecinas. Sólo los forasteros acudían al comedor del hotel los días de mercado, sin ninguna clase de prejuicios, atraídos por unos menús muy apetitosos —según se decía— y sobre todo copiosamente regados.

—Bah —repitió el señor Niggins—, eso no prueba nada, mi querida amiga, aunque yo condene a todos los que se comprometen y arriesgan su reputación frecuentando esos lugares de mala fama, que constituyen la deshonor de nuestra ciudad.

No se habló más respecto a dicha calle, pues miss Muriel entró en aquel momento llevando triunfalmente una magnífica cafetera de plata maciza.

Después de que el chartreuse verde fue servido en las copas, se llegó a la conclusión de que un crimen había sido evidentemente cometido, y se despidieron con esa unánime certidumbre.

Charley se rezagó un poco en el corredor, mientras miss Elody ayudaba al tío Abe a ponerse el abrigo y Muriel miraba por la puerta abierta las golondrinas, que se reunían en bandadas ante las ya próximas migraciones del otoño.

Mathilde se acercó a Charley y le estrechó la mano con un débil "buenas noches".

Harcester, a las once, es una ciudad dormida, como sólo puede serlo una antigua ciudad de provincias.

Los dos vigilantes, que hacían su ronda alrededor de las murallas, encontrándose seis veces cada noche, habían decidido realizar juntos su servicio y se habían refugiado, por prudencia, en una de las garitas de los muros del recinto, para beber un ponche frío sosegadamente. Así, al menos, estaban al abrigo de las malas eventualidades nocturnas.

Las estatuas que adornaban el reloj del Ayuntamiento fueron las únicas que vieron una sombra deslizándose a lo largo de las paredes del gran edificio, pero como eran de hierro y bronce no se alteraron demasiado.

La sombra desapareció a toda prisa por la callejuela de nombre aborrecido por los "tartufos" provincianos, y al poco empujó la puerta entornada del viejo hotel.

Una lámpara veneciana vertía sus turbios destellos sobre un vestíbulo casi tan tenebroso como la misma calle.

Un soñoliento criado sacó la cabeza de su oscuro rincón y murmuró algunas palabras en señal de reconocimiento. Después, con paso perezoso, precedió al visitante hasta una sala amueblada con antiguos divanes árabes, y se retiró después de haber encendido una única bujía de gas.

Cinco minutos más tarde la puerta se abrió por segunda vez y el criado puso sobre la mesa una botella de vino y dos vasos, anunciando con voz impersonal que la señora ya había llegado. En efecto, una mujer entró a continuación, cubierta por una larga esclavina que dejó caer sobre el diván.

Pasado un instante, miss Mathilde Jason se abrazó al cuello de Charley Niggins sollozando.

—Dios mío, mi pobre Charley, ¿qué va a ser de nosotros?

—Tenemos que huir —exclamó Charley Niggins con una oscura energía—. Si no, estamos perdidos...

—Sí... Ahora han sido Arabella y Betsy. Mañana nos tocará a nosotros...

—Tienes razón, Tilly, ya he tomado mis precauciones... Saldremos de la ciudad por la puerta del sur. He escondido mi coche en un bosquecillo de alerces fuera de la carretera. Mañana estaremos en Londres y, esa misma noche, podemos ir rumbo al Continente...

—¡Dios te oiga, amor mío!

—A medianoche debemos estar en camino.

—Tengo miedo —murmuró ella apretándose contra él.

—¿De qué, Tilly?

—De lo que alienta en las calles de Harcester, de la noche... —gimió ella espantada.

—Sí —se estremeció él—, ¡Es terrible!

La obligó a levantarse, la ayudó a ponerse su capa y la precedió hasta el callejón en tinieblas.

Salieron a la ralle de la Cabeza Perdida por la parte que daba a un jardincillo de laureles y rosales, desde el que se dominaban las esbeltas casas de la calle de los Cedros.

Charley levantó la cabeza y se quedó observando una ventana todavía iluminada.

—Aún está el tío Abe velando —murmuró. De repente se sobresaltó: dos sombras se perfilaban contra las cortinas corridas.

—El tío... —musitó—. Pero, ¿has reconocido al otro, Tilly?

—No, Charley.

—¡El comisario Brewster!

—Tenemos que irnos, irnos, irnos... —se retorció angustiosamente.

Corrieron hacia las murallas mientras él la sostenía.

A cien pasos de allí los dos vigilantes, que ya habían vaciado un gran frasco de ponche frío, dormían a pierna suelta y no vieron a los noctámbulos saliendo de la ciudad por la puerta del sur.

Un cuarto de hora más tarde un pequeño coche corría a toda marcha por la carretera de Londres.

A aquella misma hora el señor Niggins daba al comisario Brewster una lección de historia antigua ante el mantel de miss Arabella Slowby, sobre el que resaltaba el dibujito a lápiz.

—Realmente, Brewster, esto significa algo. En los pasados siglos se tenía la costumbre de representar las ciudades mediante grabados simbólicos. Roma, Londres, París, Brujas, poseían su marca distintiva, elaboradas con el mismo tosco carácter que este dibujo... Pero yo diría que la figura que vemos en el mantel se refiere a una ciudad más antigua. A mi modo de ver, se trata de la representación simbólica de Babilonia, tal como aparece en algunos viejos mapas.

—¿Y eso qué puede significar?

—Verdaderamente no tengo ni idea, mi querido Brewster, a no ser que los taumaturgos de la antigüedad lo usaban con mucha frecuencia.

—Según mi criterio —dijo el comisario—, y dejando aparte la significación de este gráfico, parece evidente que el que lo ha dibujado no lo ha hecho por distracción, como suele ocurrir con los que se entretienen pintando cosas inútiles sobre los manteles... El dibujo está bien acabado; las almenas se perfilan cuidadosamente... Mire las picas de las alabardas: han sido dibujadas con la mayor minuciosidad. Me gustaría saber si Sara Fleggs ha visto alguna figura parecida en casa de sus señoras.

—Usted razona como un policía —dijo el señor Niggins—, y por ese terreno renuncio a seguirle, mi querido amigo.

—Bah —contestó Brewster—, creo que no es más que un juego de ideas y que llevamos camino de dejarnos arrastrar por el más puro romanticismo, señor Niggins...

El rostro del archivero expresó una viva repulsión. El romanticismo —que tan mal era interpretado, por otra parte— se identificaba en su espíritu con un cúmulo de cosas abominables, como el cólera, la lepra, el ateísmo y el hipnotismo criminal.

—Tomaremos un poco de un viejo brandy para olvidar estos acontecimientos —declaró pomposamente— que han venido a turbar la paz que tanto necesitamos para vivir y para continuar los estudios y las investigaciones sanas y provechosas.

Brindaron, y apenas habían llegado las copas a la altura de los labios, cuando se miraron con estupor,

Un áspero sonido de sirena rasgó el aire, y el estruendo infernal de un automóvil, que debía poseer un potente motor, brotó del fondo de la noche. La doble brocha de sus faros estrió de blanco las cortinas echadas y, de repente, el motor se paró ante la puerta. Al instante se oyó una llamada.

—No es posible... —exclamó el señor Niggins—, Jamás se ha visto semejante cosa... Señor Brewster, ¿se da usted cuenta de que es casi medianoche?

—Razón de más para admitir que el visitante viene para un asunto de importancia —opinó el comisario.

—Noemí, mí criada, nunca consentirá abrirle la puerta a unos extraños que llegan a horas tan intempestivas y con semejante escándalo —gimió el archivero—, Y yo, por mi parte...

—Yo iré con usted —decidió valerosamente el comisario—. Aunque nada nos impide enterarnos, desde la ventana, de la identidad de los visitantes y de los motivos de su venida...

—Muy acertado —aprobo el señor Niggins—. Yo mismo lo haré, a menos que usted quiera hacerlo en mi lugar. En ese caso, le aconsejo que no se asome demasiado afuera. Sería un buen blanco para un criminal armado de una pistola.

Pero el comisario ya gritaba, a través de las contraventanas prudencialmente entornadas:

—¿Quién es?

—¿Está aquí el señor Brewster, el comisario? —preguntó una voz de hombre—. Vengo de la comisaría y me han informado...

—Soy yo mismo, señor, ¿qué es lo que desea?

—¡Policía de Londres!

El señor Brewster se asomó al exterior y vio, en efecto, la insignia de la policía luciendo sobre la carrocería de un potente automóvil.

—Voy en seguida —dijo.

El señor Niggins, que no en vano era ciudadano de la hermosa villa de Harcester, sintió el abrasante soplo de la curiosidad encenderse en el fondo de su ser.

—Reciba aquí a esos caballeros, Brewster —dijo con singular viveza—. Quizá yo pueda serles útil...

El comisario no lo dudó un momento y, después de una espera relativamente prolongada, los visitantes —pues eran dos— fueron introducidos en el gabinete de trabajo del viejo archivero.

—¿Es usted el comisario Brewster? —preguntó un caballero de alta estatura, con rostro severo pero, sin embargo, simpático.

—El mismo...

Brewster miró con atención al visitante nocturno, cuyo aspecto le pareció de pronto familiar. Lanzó una breve exclamación de sorpresa.

—O mis ojos me engañan o estoy hablando con...

—Harry Dickson... Me acompaña mi joven ayudante, Tom Wills. El señor Niggins se

lanzó sobre el aparador y, después de escoger dos grandes copas, se puso a llenarlas diligentemente de brandy.

—¡Qué honor, señores, poder recibir a tan famosos detectives en mi humilde vivienda! Permítanme que me presente: Abe Niggins, archivero de la villa de Harcester, miembro correspondiente de la Academia de Historia e Inscripciones de Londres.

—Y autor de una importante monografía sobre las rutas romanas en el País de Gales —completó Harry Dickson, sonriendo. El señor Niggins enrojeció de orgullo y de placer.

—¡Ah, señor Dickson, usted me hace demasiado honor! Se sentaron. El brandy del señor Niggins era de los mejores y le valió un nuevo cumplido a su propietario. Harry Dickson lo saboreaba como un experto y, una vez que terminó su copa, se dirigió al comisario.

—Su informe sobre la desaparición de las señoras Slowby y Wood llegó a Scotland Yard al día siguiente del suceso —dijo— ¿Quiere usted examinar estas fotos?

Tendió a Brewster dos copias en blanco y negro muy contrastadas, como suele ocurrir por lo común con las fotos de la policía.

—Son ellas, ¿no?

—Sí —exclamó el comisario—, son ellas. Pero, por amor de Dios, estas fotos son las de dos personas...

—Muertas... Es más, asesinadas, señor Brewster... Se oyó un doble grito de horror.

—¿Qué les ha ocurrido a estas desgraciadas?

Harry Dickson movió la cabeza con un ademán solemne.

—Es una historia tan enigmática como tenebrosa —dijo—. Voy a intentar resumirla... Desde hace tiempo estábamos sobre la pista de una banda de malhechores que, sobre todo, se ocupaban de emisiones de moneda falsa; eso creíamos, al menos. La pasada noche se logró cercar su guarida, situada en un viejo caserón de las afueras del norte de Londres. La irrupción de la policía se efectuó de improviso. Una vez en los sótanos de la casa, nuestros hombres vieron a un individuo vestido de etiqueta que salía corriendo delante de ellos gritando: "¡Alerta!" Se oyó un disparo y se desplomó en tierra, con el corazón atravesado por una bala. En el mismo momento estalló una verdadera salva en la estancia vecina. Nuestros hombres se precipitaron dentro y se encontraron con un espectáculo inverosímil. Cuatro hombres, vestidos como el primero, agonizaban, heridos de balas a bocajarro. uno de ellos aparecía tendido sobre el suelo, atado de pies y manos; otro tenía un gesto horrible y exhalaba un peligroso olor a ácido prúsico; los dos restantes se habían volado la cabeza.

—La policía —prosiguió Harry Dickson— reconstruyó con bastante facilidad lo que acababa de ocurrir. Los dos suicidas se preparaban para matar a los otros dos en el momento en que el quinto individuo dio la alarma. Dispararon entonces sobre sus víctimas, una de las cuales ya había bebido el terrible veneno, y a la vez pusieron fin a sus días para no caer en manos de la justicia. No se encontró nada que pudiese identificarlos en sus bolsillos. Todos ellos eran hombres de edad madura y probablemente de buena posición, a juzgar por sus manos finas y su porte elegante. Lo bronceado de su tez podía hacer pensar que se trataba de extranjeros, italianos o españoles, pero nada se ha probado en este sentido...

Harry Dickson hizo una pausa y continuó:

—Se registró el sótano, donde había una pequeña prensa que, a primera vista, se podía haber tomado por una máquina de imprimir deteriorada. Pero no era nada de eso: parecía haber sido empleada más bien para prensar un metal blando y muy maleable. En un rincón se encontró un hornillo de carbón y un par de grandes crisoles de piedra refractaria. Después de mucho buscar, se descubrieron dos moldes rotos, que hubieran podido servir, en caso de necesidad, para acuñar monedas, pero estaban tan destrozados que toda reconstrucción fue imposible. En uno de los crisoles se hallaron restos de oro; eso fue todo... Aquel montón de trastos rudimentarios hizo que nos perdiéramos en un mar de conjeturas sobre el móvil que reunía a esa gente en una morada solitaria y sobre la razón que los obligó a preferir la muerte al arresto. El punto de vista de la policía, y quizá de momento también el mío, es que nos encontramos ante unos criminales embargados por un terror monstruoso que no provenía sólo del miedo a ser detenidos... El resto de la casa no ofreció nada digno de mención. Digamos también que pocas guaridas de malhechores habían sido tan bien organizadas y disimuladas. Pero, explorando el sótano más a fondo, se descubrió un angosto y oscuro recinto, medio lleno de escombros, donde yacían dos cadáveres...

—¡Los de las señoras de Harcester! —gimió Brewster.

—La muerte se había producido hacía muy poco...

—¿Cómo fueron asesinadas? —preguntó Niggins temblando por todos sus ya consumidos miembros.

—Voy a decírselo: fueron estranguladas, pero de una forma poco común. Las desdichadas tenían el cuello quebrado por la nuca y la mano asesina debió ser tan gigantesca que resulta imposible imaginarse criatura humana capaz de poseer manos parecidas.

De pronto, los ojos del detective se fijaron en el mantel desplegado sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —exclamó señalando el dibujo con un manotazo. El señor Brewster se apresuró a explicárselo.

—Es el mismo dibujo que se encontró en el trágico sótano —dijo Dickson—, pintado con tinta roja en el extremo de un pergamino. ¿Sabe usted lo que significa?

El señor Niggins se sintió muy complacido de poder decirlo.

—Así que se trata de la representación simbólica de la antigua Babilonia —murmuró Harry Dickson—. Es muy extraño, realmente; claro que todo lo es en este asunto.

Se volvió hacia Brewster.

—Es más que probable que una parte de la solución del enigma se halle en Harcester...

—¡Dios mío!, ¿será posible? —exclamó el señor Niggins, juntando las manos.

—He llegado de noche para disimular un poco mi visita y la de mi ayudante ante las gentes de la ciudad. Le ruego que me indique dónde puedo guardar mi coche sin que corra el riesgo de llamar la atención de los curiosos... Mañana es día de mercado, ¿no es cierto?

—En efecto, señor Dickson.

—Mi ayudante y yo buscaremos hospedaje en Harcester por un tiempo más o menos

largo. Solicitaremos licencia como vendedores de baratijas o cosa parecida y simularemos algunos productivos negociejitos. A usted le tocará ayudarnos una vez que estemos desempeñando ese papel, señor Brewster. No quiero hacer ahora demasiados proyectos. Me veo obligado a confiar un poco en el azar o en mi buena estrella... A propósito, ¿quién posee en Harcester un coche Morris, modelo antiguo, de dos plazas...?

—Mi sobrino Charley tiene un coche como ése —dijo el señor Niggins con manifiesta alarma—. ¿Quiere que lo llame?

Harry Dickson señaló una fotografía colocada sobre la chimenea.

—Si ése es su sobrino, será inútil que lo haga —dijo.

—Ese es, en efecto —aclaró el archivero.

—Y dígame, ¿conoce usted a una señora un poco gruesa, alta y colorada, que responde al dulce nombre de Tilly?

—¿Tilly...?No... Bueno, espere; así es como llaman a veces a miss Mathilde. Sí, a miss Mathilde Jason...

—¿Dónde piensa usted que está a estas horas?

El señor Niggins se ruborizó con cierto enojo. ¿Dónde podía estar miss Mathilde Jason a aquellas horas, sino prudentemente dormida en su cama, en la austera casona de la Plaza Mayor?

—Le ruego que me disculpe, señor Niggins —añadió el detective—. Su sobrino y miss Mathilde Jason han sido muy afortunados al encontrarnos en la carretera de Londres, para solucionarles una avería del motor que amenazaba con eternizarse...

El señor Niggins no quiso oír más. Se precipitó hacia la habitación de su sobrino, de donde volvió al instante mesándose los cabellos.

—¡Ah, ese desgraciado..., esa desgraciada...! ¡Qué deshonor! El pobre archivero se enteró así de la singular fuga de Charley Niggins y Mathilde Jason.

Pero, de común acuerdo con el detective y Brewster, se convino en no poner al corriente de ello más que a las hermanas Jason, dejando al resto de la villa en la más absoluta ignorancia respecto a esta nueva calamidad.

UNA CENA EN LONDRES Y UNA CENA EN HARCESTER

Harcester posee algunas tabernas de menos categoría que "El Espectro Dorado". Son las que se abren en las callejuelas contiguas a la Plaza Mayor, frecuentadas por vendedores de frutas y pescados, baratilleros y gentes del pequeño comercio que, especialmente los días de mercado, van allí a beber su cerveza y a comer su anónimo plato del día.

Una de esas tabernas, que ostenta el pretencioso rótulo de "Duque de Grandmouth", no es más que un local de dudoso aspecto cuya clientela debe mantenerse a causa de unos precios muy razonables, realmente por debajo de los de la competencia. Tal vez por este motivo, el señor Casimir Ashel, boticario, droguero y comerciante en toda clase de menudeos, la había elegido como lugar de sus esparcimientos. No es que fuera un cliente regular, pero iba a menudo a beber un vaso y a dar un consejo, con la evidente intención de que le pagasen este último invitándolo a alguna consumición.

Aquel día, cuando el señor Ashel entró en la taberna en cuestión, no parecía de muy buen humor ni tampoco se animó a la vista de dos clientes que bebían a sorbitos unas copas de oporto.

Se trataba de dos buenos vendedores ambulantes que se instalaban por unas horas al aire libre, en uno u otro rincón de la calle, vendiendo brebajes y especias.

El señor Ashel les dirigió una torva mirada y pidió un ponche con cerveza.

El mayor de los vendedores procuraba llamar la atención del boticario, pero éste no parecía darse cuenta. Al fin, el vendedor se decidió y, quitándose su gran sombrero de fieltro, se acercó al droguero.

—¿El señor farmacéutico? —preguntó.

—Sí, soy yo —gruñó Ashel con destemplanza—. ¿Qué desea?

—Me temo, señor, que usted no ve con buenos ojos la pequeña clientela que mi compañero y yo le quitamos en el mercado de Harcester...

—¿De veras teme usted eso? —rugió el señor Ashel—. ¡Muy bien! Voy a responderle con franqueza: no me importa esa clientela que parece quiere usted alejar de mi tienda, pero me indigna la tolerancia de que hace gala el Ayuntamiento autorizando a los charlatanes de su especie...

—Mi nombre es Slyme —dijo el vendedor.

—Un bonito nombre para un tramposo —rió el señor Ashel.

—Es posible —respondió suavemente el forastero—, pero como recuerdo haber leído que hace tiempo un ciudadano llamado Ashel fue ahorcado, convenga conmigo, señor farmacéutico, que el apellido influye poco en el negocio.

El farmacéutico se violentó ante esa afirmación y metió su nariz en el vaso de ponche.

—Conozco muy bien a su ayudante Charley Niggins —continuó distraídamente Slyme—. Me ha vendido con frecuencia muy buenos productos. ¿No podríamos hacer nosotros otro tanto, señor Ashel?

—¿Que Charley le ha vendido mis productos? El señor Ashel soplabla como una foca.

—Y todo eso sin yo saberlo..., sin hacerme partícipe del menor beneficio. ¡Ah, siempre he pensado que ese muchacho acabará mal!

Sin embargo, los papeles se habían cambiado. El señor Ashel miraba con ojos menos furibundos a los charlatanes, que podían pasar a convertirse en clientes de su propio negocio.

—Mire usted —prosiguió el vendedor ambulante—, yo podría comprarle mercancías que no son de uso corriente: aceite de basilisco, por ejemplo, centauro, polvos de licopodio, algunos medicamentos calmantes...

El rostro de Ashel se había puesto resplandeciente.

—Nos entenderemos —dijo—. Todo es llegar a conocerse, ¿no es cierto?

Se brindó por aquel sugestivo trato y fue el vendedor ambulante quien corrió con el gasto, cosa que naturalmente no desagradó al viejo boticario.

—Podríamos reunirnos esta noche —propuso Slyme.

—Bien, le espero en mi casa... a cenar —convino Ashel tras un pasajero titubeo.

Y así fue como se concertó la alianza entre Casimir Ashel, farmacéutico de la honorable villa de Harcester, y Harry Dickson, alias Peter Slyme.

Los escritores tienen en común con los magos de los cuentos de Las mil y una noches el hecho de que pueden viajar en alas del viento y llevar a sus lectores a donde se propongan.

Nos encontramos, pues, de momento, desplazados a Londres, a un modesto hotel de la calle Unión, cerca del parque del Sur, donde Charley Niggins y Mathilde Jason se habían alojado bajo nombre supuesto.

Como todos los seres débiles, no habían sabido tomar una decisión. En vez de pasar al Continente, como tenían proyectado, se encerraron en su habitación, donde se hacían servir las comidas y donde apenas se hablaban, si no era para cambiar unas pocas palabras llenas de temores y aprensiones.

Diez veces en una sola hora, Charley había levantado las cortinas de la ventana para observar la triste y solitaria calle.

—Ese hombre que pasa...

—Ese policía que lleva más de un cuarto de hora de centinela en la esquina.

—Ese representante... Ese vendedor callejero...

Y, de repente, un terror indecible se abatió sobre ellos. Un vendedor de periódicos anunciaba, a voz en grito, la misteriosa matanza de la calle del Gallo, y un complaciente camarero del hotel creyó oportuno llevarles un ejemplar del periódico de la noche, con la tinta de imprimir todavía fresca.

Con una mirada evadida, Charley Niggins recorrió las columnas y sus ojos cayeron sobre las espeluznantes fotos de las señoras de Harcester. Lanzó un sordo gemido y le faltó poco para ponerse enfermo.

Con un torpe gesto intentó esconder el periódico, pero miss Jason se lo había arrancado ya de las manos. Adivino, terriblemente lívida, lo que ocurría, pero encontró fuerzas, sin embargo, para recuperar su ánimo.

—Están muertas; Charley —dijo con un esfuerzo sobrehumano—, Y a manos de unos

criminales que han preferido la muerte a cualquier otra cosa... ¿Qué es lo que nos aguarda?

El joven Niggins había recobrado parte de calma, gracias a la ayuda de un buen trago de whisky.

—Sabe Dios, Tilly —murmuró—, si esta doble muerte no soluciona las cosas...

Misa Jason cerró los ojos como reflexionando.

—¿De qué pueden acusarnos? —continuó Charley—. ¿De haber provocado un escándalo que hará la felicidad de las mezquinas lenguas de Harcester? En el fondo, te he raptado, Tilly, eso es todo...

Ella lanzó una violenta carcajada.

—Hay un secreto entre nosotros, Charley, pero no es el que la maledicencia del vulgo va a creerse... Te he conocido desde muy pequeño. Tengo edad suficiente para ser tu madre. Te he mimado y malcriado sin que mis hermanas se enterasen. He estado ciega por ti, como puede estarlo una hermana mayor o una madre... Niñito mío, debes comprender lo terrible que eres hablando de ese modo.

—Es lo único que puede salvarnos —dijo sombríamente el joven. Miss Jason se sublevó.

—Charley, yo sólo he querido salvarte de algo espantoso, pero que ignoro por completo...

—Ellas están muertas —replicó Niggins—, y nada nos impide volver a Harcester y demostrarles nuestro digno arrepentimiento a tus hermanas y a mi tío.

—¡Estás loco! —gritó ella roja de vergüenza y de cólera. Charley creyó comprender que iba por mal camino.

—No hablemos más, Tilly, querida... Quedémonos todavía algunos días aquí y luego podremos irnos al Continente si es preciso...

—Es preciso, Charley... Tú puedes rehacer tu vida en el extranjero. Yo seré tu sirvienta... Habremos desaparecido definitivamente para los demás y también para... ¡Oh, si yo supiese tan sólo para quién y por qué!

Con estas enigmáticas palabras se separaron. Charley, pretextando que estaba muy cansado, se retiró al pequeño cuartito vecino que le servía de dormitorio. Pero, apenas estuvo solo garabateó unas palabras en un pedazo de papel y salió sigilosamente.

Una camarera pasaba por el corredor. El joven le hizo una seña y le puso un puñado de monedas en la mano.

—Telegrama urgente —murmuró acercándose el dedo índice a los labios.

La muchacha hizo un gesto de entendimiento y se alejó.

La jornada transcurrió en una atmósfera triste y deprimente. Mathilde Jason, pensativa y distante, dormitaba en una butaca;

Charley fumaba interminables cigarrillos.

De repente llamaron a la puerta y el joven Niggins se apresuró a abrir. Mathilde lanzó un grito y se cubrió la cara con las manos.

Miss Elody Jason se adelantó hacia ella con una actitud arrogante y amenazadora, seguida del anciano Niggins, que se esforzaba por adoptar una expresión convenientemente ceñuda.

—Mathilde —dijo la mayor de las hermanas Jason— no he venido para hacerte reproches, sino para salvar el honor de nuestro apellido.

—Y yo —corroboró el archivero— haré cuanto esté en mi mano para que mi sobrino repare todo el mal que ha hecho.

—Elody —exclamó Mathilde—, no puedes comprender...

—Calla, Tilly —interrumpió el joven Niggins—, tu hermana y mi tío tienen toda la razón. Apruebo la decisión de la primogénita... Nos ocuparemos de gestionar la licencia para la boda.

La expresión de la pobre Mathilde movía a compasión.

—Realmente habéis roto entre los dos el corazón de la pobre Muriel —prosiguió miss Elody con una voz repentinamente suavizada—, pero ella, la pequeña, es la grandeza de alma en persona y desde que se ha enterado de vuestra traición, ha sabido conformarse con su suerte.

—Sobrino —dijo el anciano Niggins—, tu falta es grave, pero compruebo con profunda alegría que eres todo un caballero...

—Mañana regresaréis, ya casados, a Harrester —decidió la mayor de las Jason—. Nos ocuparemos de arreglar los papeles a primera hora.

El tío Abe se frotó las manos; después de todo, las cosas se arreglaban a las mil maravillas. Desde su punto de vista, nada cambiaba por el hecho de que su sobrino se casase con Muriel o con Mathilde Jason; la dote que aportaba la esposa seguiría siendo de igual cuantía. Charley había conseguido un buen partido y eso era lo principal; el archivero casi estuvo a punto de imaginar una argucia de viejo zorro por parte de su sobrino.

—Vamos, vamos —dijo volviendo a la realidad—. No hay razón ninguna para que no cenemos ahora en perfecta armonía. Esa fue también la opinión de miss Elody.

—Siempre he deseado ver casada a Mathilde —dijo la mayor de las Jason—, más todavía que a Muriel, cuyo carácter un poco arisco la inclina naturalmente a la soltería. Puedo aseguraros, por otra parte, que gracias a la ejemplar discreción del señor Niggins, la fuga ha pasado inadvertida en Harcester.

—¿De veras que no se han preocupado de nosotros allí? —preguntó Charley, cuyo pecho se alzaba como liberado de un enorme peso.

—No, no... Y, además, en Harcester no se habla de otra cosa que del horrible y misterioso final de las señoras Slowby y Wood.

—Acabo de leerlo... —dijo distraídamente el joven—. Me pregunto qué puede haberles pasado a esas pobres mujeres.

—Las investigaciones no han aclarado nada en Harcester —explicó el tío—, Es en Londres donde se encuentra la clave del misterio, Todo lo que se ha sabido es que miss Betsy Wood hacía de vez en cuando un viaje a Londres y que pertenecía a una familia de lo más curiosa. Hay que recalcar sobre todo que era hija del profesor Elias Wood... No sé si recordarán a aquel químico que murió en un asilo de alienados y que se creía a la vez la reencarnación de Nostradamus, Paracelso y Cagliostro, en suma, de tres grandes farsantes de la historia.

La cena fue servida en un pequeño comedor privado y resultó de primera calidad.

El señor Niggins llenó las cuatro copas y levantó la suya.

—¡Brindo por la unión de dos ilustres apellidos de nuestra querida ciudad de Harcester: Jason y Niggins!

—¡Por Niggins y Jason! —repitió miss Elody.

Charley besó en la frente a su futura esposa, que estaba fría como el mármol.

Mathilde sacó fuerzas de flaqueza para sonreír, pero se sentía zozobrar en un laberinto de sombras y terrores.

En aquellos momentos, y en la hermosa villa de Harcester, otra cena —no tan de primer orden— reunía a tres invitados en el modesto comedor del farmacéutico Ashel.

El boticario estaba radiante: acababa de redondear un "pequeño negocio" al venderle todos sus restos de existencias más o menos inservibles al señor Slyme. El precio había sido excelente y el honrado vendedor ambulante le había pagado en dinero contante y sonante.

—Y pensar que ese astuto roñoso de Charley ni siquiera me habló nunca de usted —comentó—, Pero a pillo, pillo y medio. Cuando lo vea no le diré lo más mínimo de nuestro trato, querido señor Slyme, y no va a saber explicarse por qué ha perdido un cliente...

Slyme aprobó calurosamente esa decisión y bebieron otro vaso de vino que, aun siendo barato, era lo suficientemente estimulante.

De pronto, el boticario dejó su vaso y pareció escuchar.

—Ya empieza otra vez —murmuró—. Pero ahora, con unos buenos amigos que me hacen compañía, no me preocupa demasiado...

—Se diría que alguien anda por la casa —dijo el joven ayudante de Slyme.

—¿Alguien?—repuso el farmacéutico bajando la voz—. No, no creo que pueda decirse que sea alguien... Parece que no tienen intenciones de hacerme daño y eso es todo lo que le pido... Lo cual no impide que haya noches que resulta de lo más tenebroso.

—¿De qué se trata, entonces? —se asombró el vendedor ambulante.

—¡De un fantasma! Una vieja casa inglesa no se deshonra porque la frecuente un aparecido, pero muchas veces preferiría ahorrarme sus visitas con el mayor gusto.

—Siempre he deseado encontrarme frente a frente con una de esas criaturas del otro mundo —confesó el señor Slyme con los ojos brillantes.

—Oiga, oiga... —titubeó Ashel—. Debe ser prudente...

—¿Y anda por toda la casa?

—Oh, no.. — No es tan indiscreto y enojoso como para llegar a esos extremos. Se contenta con hacer un poco de ruido en el viejo laboratorio donde trabaja Charley..., bueno, cuando trabaja, lo cual no ocurre todos los días.

—Déjeme echar una ojeada a esa habitación —rogó el señor Slyme.

Ashel dudaba entre el deseo de contentar a un cliente tan inmejorable como el vendedor ambulante y el miedo a atraerse el rencor del aparecido, pero al fin prevaleció su inveterada amabilidad ante la clientela.

—De acuerdo —consintió—, pero yo no les acompaño... Encontrarán con facilidad el laboratorio. Queda a la derecha, subiendo por la escalera del vestíbulo. ¿Quieren una vela?

Slyme y su ayudante tenían cada uno su linterna de bolsillo. Empezaron a subir los peldaños, que eran muy viejos y, a pesar de todas las precauciones, gemían como para

partir el alma.

—Jefe —murmuró Tom Wills—, oigo que abren una ventana; alguien se está descolgando desde lo alto.

Harry Dickson empujó la puerta del laboratorio y sólo distinguió, a la luz de la linterna, unas sucias paredes, una gran mesa de madera negra, unos crisoles desconchados y unos antiguos alambiques.

Tom Wills había oído bien: la ventana, que daba a un sórdido patio y a una maraña de callejuelas oscuras, estaba entreabierta.

Registraron mentalmente la topografía del camino por el que parecía haber escapado el fantasma.

—Ya volveremos por ahí —murmuró Dickson.

Tom Wills hizo girar el haz de su linterna en todos los sentidos.

—Eh —exclamó—, hemos debido interrumpir al aparecido en alguna manipulación... Mire ese frasquito derribado; el polvo se ha esparcido hace poco.

Harry Dickson recogió apresuradamente una muestra.

—Puede sernos útil —dijo.

Volvieron al comedor junto al señor Ashel, que se alegró de verlos tan pronto de vuelta.

—¿Qué, y el aparecido? —preguntó.

—Tengo la sospecha de que pertenece a la familia de los gatos de tejado —contestó el vendedor ambulante—. Pero mire el frasco que he encontrado vertido y medio vacío. ¿Es fácil poder comprar este polvo amarillo?

El señor Ashel hizo un gesto de sorpresa.

—¿Dónde han encontrado esto, señores? —exclamó.

—Pues en el laboratorio, claro...

—La verdad es que ignoraba que fuese tan rico... Yo sabía que desde hace tiempo tenía existencias de este polvo, pero ya ni me acordaba. ¡Oh, es realmente curioso!

—¿Y qué es?

—Oropimente... Una mezcla de arsénico muy rara... Los locos de tiempos pasados que creían en la transmutación de los metales, solían emplearla para fabricar oro... No, no creo que les pueda servir para nada, señores.

LA NOCHE ROJA

Al día siguiente, entre dos luces, Harry Dickson y Tom Wills entraron en casa del señor Brewster por una discreta puerta trasera.

El comisario los aguardaba con impaciencia.

—Hay noticias de Londres —dijo tendiéndole un papel al detective.

Era el informe de uno de los funcionarios del gabinete de Historia Antigua del Museo Británico, que suministraba una serie de datos sobre el simbólico dibujo descubierto en el mantel de miss Slowby.

“Dicho símbolo —decía el informe— se encuentra especialmente en los escritos de magia negra y roja de la Edad Media; los Rosacruces, los famosos alquimistas, lo usaban a menudo, pero no ha llegado a saberse con qué objeto. Más tarde, hacia finales del siglo XVII, aparece de nuevo en el escudo de los extraños "Inmortales", aquellos iluminados que se imaginaban haber descubierto el elixir de larga vida y cuyos descendientes llegaron a constituir una secta fanática aunque realmente inofensiva, a la que se supone que perteneció últimamente el doctor Wood, muerto hace algunos años en un asilo de lunáticos.”

—El padre de Betsy Wood —murmuró Harry Dickson—, He ahí una coincidencia que podría arrojar en principio alguna luz parcial...

—El pasado de esa señora, sui embargo, no tiene nada de misterioso —comentó el comisario—. A propósito, señor Dickson, los dos tortolitos que encontró usted en la carretera de Londres la noche de su llegada, ya están de vuelta en Harcester, después de haber contraído legítimo matrimonio...

—¿Se refiere al joven Niggins? —dijo el detective—. ¿Que sabe usted concretamente de él?

—Nada en especial. Es un ocioso que se dispone a suceder al farmacéutico Ashel, y eso lo más tarde posible, supongo.

—Ya que hablamos de ese honorable boticario, ¿quiere decirme cuál es el callejón que se extiende por la parte trasera de su casa? El señor Brewster sonrió con cierto aire de complicidad.

—¿La calle de la Cabeza Perdida? Ah, es la única calle de mala fama de toda la villa de Harcester. Hay allí un viejo hotel al que acusan de mostrarse complaciente con los amoríos clandestinos. Pero yo no me lo creo demasiado, dicho sea entre nosotros... El señor Pascrow, el propietario, no es sino un vejestorio puritano cuya única pasión consiste, según creo, en andar de mesa en mesa. Parece más bien que su hotel hace las veces de club para personas que desean permanecer en el incógnito. Lo que sí es cierto es que los días de mercado se come y se bebe muy bien, aunque las gentes que lo frecuentan no pertenecen al más distinguido censo de la región...

De pronto, el detective se irguió.

—¡Pascrow...! ¿Ha dicho usted Pascrow, señor Brewster? ¡Demonio! Si nos hubiera dado a conocer ese nombre desde nuestra primera entrevista, no habríamos perdido tantos

días Tom Wills y yo, jugando a vendedores de remedios caseros... ¡Pascrow!

El comisario, estupefacto, se disponía a indagar sobre la cuestión, pero el detective lo interrumpió tajantemente.

—Claro que usted no podía saberlo. Pero si hubiese orientado alguna de sus lecturas hacia los anales del crimen, el nombre le habría saltado a la cara como un gato... No, no, luego vendrán las explicaciones. ¡No tenemos tiempo que perder!

—¿Dónde vamos...? —balbuceó el comisario viendo al detective poniéndose el abrigo.

—¡A la calle de la Cabeza Perdida! ¿Dónde íbamos a ir si no? Empezaba a oscurecer y, como el tiempo amenazaba lluvia, las calles de Harcester estaban desiertas y nadie vio a los tres hombres desaparecer en la tenebrosa callejuela.

—Aquí es —dijo el comisario.

Se detuvieron ante una baja y larga fachada, de un estilo rococó tal vez demasiado recargado, pero de atractivo aspecto sin duda. Los postigos verdes estaban echados y la labrada y doble puerta aparecía cerrada.

Tom Wills tiró de la pata de ciervo que servía de llamador y se oyó el mortecino tintineo de una campanilla de tonos cascados.

—No acude nadie —murmuró el señor Brewster—. Pero tampoco tiene nada de raro, ya que el hotel no está siempre abierto.

—La puerta es muy sólida y harán falta muchos manejos para forzarla. Darían resultado, pero perderíamos mucho tiempo. Creo que será más fácil entrar por la parte del jardín, atravesando el patio del señor Ashel.

—Pondrá mala cara... —empezó Brewster.

—Tanto peor. Además, es conveniente que me desembarace de mi ya inútil disfraz. ¡Ah, cuánto tiempo perdido!

Tom Wills hizo una última tentativa con la campanilla, tan infructuosa como la primera.

El aguacero azotaba las fachadas y, sobre el rectángulo de la Plaza Mayor, algunas ventanas rosáceas pasaron al negro, como si la lluvia las hubiese teñido.

—Llamemos en casa de Ashel —ordenó Harry Dickson. El señor Brewster lo siguió moviendo la cabeza; la inexplicable prisa del detective lo sumía en un mar de confusiones.

Cuando se comprobó que el señor Ashel no respondía, como ya había hecho el hotelero de la calle de la Cabeza Perdida, Harry Dickson dio muestras de una auténtica furia.

—Escúcheme bien, Brewster... Yo podría levantar ahora mismo el velo de lo que usted llama todavía un negro misterio, pero lo que tenemos que hacer, antes que nada, es descubrir todos los crímenes que acaban de cometerse en Harcester.

—¿Que acaban de cometerse? —gimió el señor Brewster.

Harry Dickson sacó de un bolsillo su inseparable colección de ganzúas.

—Si las cosas han seguido su verdadera lógica —dijo con voz estremecida—, su querida ciudad de Harcester se habrá convertido a estas horas en una carnicería.

El comisario se le quedó mirando como si creyese que había sido atacado por una locura repentina.

Harry Dickson entendió la mirada y se limitó a encogerse de hombros.

—¡Espere a verlo, Brewster!

Se abalanzó sobre la puerta y empezó a manipular en ella con una angustiosa energía.

La farmacia del herbolario estaba sumida en la oscuridad, pero una llamita de gas brillaba por detrás de la cocina.

—Usted cree entonces de verdad que el señor Ashel... —musitó Brewster:

—¡Está muerto, ha sido asesinado!

El comisario se lanzó hacia la puerta de cristales de la antecocina y dejó escapar un grito penetrante.

Al farmacéutico lo había sorprendido la muerte en la mesa, mientras saboreaba su vespertina copita de ron; la pipa había rodado por tierra y Tom la recogió.

—Todavía está tibia —dijo.

—Un mazazo asestado con una furia diabólica en pleno cráneo —observó Harry Dickson mientras inspeccionaba el cadáver—. El valiente que ha dado el golpe no se ha entretenido mucho en el trabajo.

—¿Por dónde ha entrado? —exclamó el señor Brewster.

—¡Por la ruta de los fantasmas! ¡Venga!

El detective subió las escaleras de cuatro en cuatro, seguido por sus compañeros, que estaban sin aliento y completamente horrorizados.

La ventana del laboratorio estaba abierta y, desde allí, la vista se extendía por el laberinto de callejuelas y jardincillos.

—La calle de la Cabeza Perdida... —dijo Brewster—, ¡Oh, hay luz en casa de Pascrew!

—El monstruo anda mas rápido que nosotros gruñó Harry Dickson—. Está en su papel, por otra parte...

Saltó el alféizar de la ventana y asentó los pies sobre una techumbre de cinc que se prolongaba hasta el muro del jardincillo del hotel de Pascrew.

—¿Cuántos criados tiene Pascrew? —preguntó mientras buscaba un medio para bajar.

—Dos: un viejo camarero y una cocinera.

—Seguro que los encontraré en su habitación... —musitó el detective con un tono siniestro.

—Saltó con los pies juntos sobre la tierra floja del jardín y ayudó a sus compañeros a reunirse con él.

Tom Wills se acercó a la ventana iluminada que resplandecía suavemente al fondo del patio enlosado, el cual se extendía a continuación del jardín.

—¡Es horrible! —se le oyó balbucir.

De un codazo, Harry Dickson hizo saltar en añicos un vidrio y abrió el batiente de la ventana.

—Es el camarero —dijo Brewster temblando—. Se llamaba Wilkins. Era un viejo retraído y taciturno que no salía casi nunca... ¿cómo lo han matado?

—¡Mire su cuello!

—Estrangulado... Pero... pero ¡esto es horroroso!

—¿Ve esa enorme señal? Es la misma que se le encontró a las desgraciadas señoritas que degollaron en si sótano de Londres.

—Sí, sí... todo responde a la más pura lógica, amigo mío —masculló Harry Dickson dando muestras de una rabia desesperada. El comisario levantó hacia él sus manos suplicantes.

—Se lo ruego, Dickson, hable... Oírle predecir todos estos horrores es el peor de los espantos...

Harry Dickson se volvió con aire fatigado.

—No es el momento ni el lugar adecuado para dar una conferencia. ¡Todavía no hemos terminado nuestra visita al Museo Tussaud al natural!

—¡Todavía...!

—Y lo peor es que no puedo predecir dónde acabarán todas estas calamidades... —dijo coléricamente el detective—, ¡Ah, Brewster, y pensar que todo esto se ha perpetrado casi ante mis ojos!

Tom Wills se acercó. Estaba pálido como un muerto.

—He encontrado a la sirvienta tendida en la cocina. El monstruo se ha servido de un hacha para matarla...

El señor Brewster se adelantó como en una pesadilla; observó la cocina, donde una llama de gas danzaba aún bajo un cazo que hervía.

—Martina Brown —musitó designando a la muerta por su nombre.

—La bestia que mata en la oscuridad no nos lleva demasiada ventaja —declaró Harry Dickson—. Pero, ¿dónde estará actuando en estos momentos?

Sin decir palabra, el detective había salido otra vez al jardín. Se encaramó a pulso sobre el muro del fondo, desde donde había podido distinguir las fachadas traseras de las casas vecinas. Una sola ventana, en la planta baja de una de ellas, permanecía todavía iluminada.

El detective hizo señas a Brewster para que se reuniera con él.

—¿A qué casa pertenece esa ventana? El comisario se orientó, reflexionó un momento y acabó por decir:

—Es la casa de las señoras Slowby y Wood.

—¿Está todavía habitada?

—Sí, por Sara Fleggs, la sirvienta...

El detective masculló un sordo juramento.

—El itinerario del monstruoso criminal está perfectamente trazado —dijo crispando los puños.

—¿No querrá usted decir...? —exclamó el comisario.

—Usted sabe muy bien lo que quiero decir... Vamos a ver... A estas alturas ya estará usted habituado, amigo mío.

Una serie de azoteas les facilitó el acceso al jardín de la casa de las damas asesinadas. Una vez allí corrieron los tres en dirección a la cristalera reluciente.

Tom Wills, que había llegado el primero, les hizo señas para que no hiciesen ruido.

—Están hablando ahí dentro —susurró.

Las cortinas de las ventanas no aparecían corridas del todo y, agachándose, los tres policías pudieron echar una ojeada al interior de la habitación en la que había luz.

Un espectáculo inesperado se ofreció ante su vista.

El señor Abe Niggins y Sara Fleggs estaban sentados ante una mesa, en la que había una botella de vino y dos vasos, y parecían conversar con la mayor animación.

—Mi querida Sara —decía el archivero—, comprendo perfectamente que no hayas querido decirles nada a esos terribles policías, pero ésa no es ninguna razón para que mantengas el engaño conmigo, con tu amigo Abe...

—Usted le hacía la corte a esa mala mujer, a esa Elody Jason, sólo porque ella es rica y digamos que noble, mientras que yo no soy más que una sirvienta —fue la áspera contestación.

—Pero tú eres una mujer guapa y eso te sirve de venganza contra muchas ofensas... ¿Vas a decirme entonces qué era ese dibujo del mantel?

Sara Fleggs se echó a reír.

—Nada, fue una idea mía. Esa gente de la policía no tiene ninguna malicia, ya usted sabe. No se dieron cuenta de que se trataba de un dibujo muy viejo. La Slowby guardaba ese mantel celosamente y la Wood todavía más... Un día les oí decir que había pertenecido a la mesa del Gran Maestro. Pensé entonces en inventarme alguna historia que pudiera fastidiarlas; ya que tanto escondían su condenado mantel... Cuando descubrí que se habían ido, lo coloqué en lugar del otro, no se exactamente por qué, quizá porque estaba convencida de que iban a enfurecerse si llegaban a saberlo algún día...

—Ya no podrán saberlo nunca... Escúchame, Sara, tú puedes muy bien hacerme una confidencia...

—Todavía no soy la señora Niggins —dijo la sirvienta haciendo carantoñas.

—Todo llegará en su día, pequeña... Pero tú, que sabes escuchar tan bien detrás de las puertas, ¿cómo es posible que no hayas oído lo que contó el misterioso visitante?

Sara Fleggs se echó otra vez a reír.

—¡Ah, el misterioso visitante...! Su pequeña es muy lista, señor Abe... Sí, estuve escuchando detrás de la puerta, pero no oí más que a miss Wood y a miss Slowby.

—Yo creo que el que estaba con ellas era el viejo Pascrew... Brewster le dio al detective con el codo y le susurró por lo bajo:

—Por cierto, no hemos dado con Pascrew...

—Ahora sería inútil... —contestó Dickson en el mismo tono.

—¿Pascrew? —dijo Sara Fleggs—. ¡Es un puerco! Entonces ocurrió algo de una forma insólita, veloz, desconcertante.

La luz de gas silbó, pasó al azul oscuro y se extinguió. El viejo Niggins y la sirvienta comenzaron a gritar de terror y a pedir socorro.

—Rápido —exclamó Harry Dickson abalanzándose contra la puerta de la galería, cuyos cristales saltaron en pedazos.

Tom Wills encendió su linterna.

En el comedor se escuchó un alarido espantoso y después se hizo un sobrecogedor silencio.

—¡Disparen sobre todo lo que se mueva! —rugió Harry Dickson. Casi en el mismo

momento empezó a retumbar la pistola de Tom Wills.

—¿Ha visto usted? —chilló el joven.

—¿Qué?

—No sé... Una sombra... Como un bulto negro. Brewster entraba ya en el comedor con la linterna encendida. Abe Niggins y Sara Fleggs, a los que habían visto poco antes charlando animadamente, yacían sobre las baldosas. La sirvienta aún se movía débilmente, pero el archivero estaba muerto, con el cráneo hundido. En cuanto a la mujer, su cuello se hinchaba de un modo atroz.

—Sara —susurró el comisario—, hable... ¿Qué ha visto usted? La sirvienta entornó los ojos vidriosos.

—¡La Cabeza Perdida...! —hipó antes de volver a caer pesadamente.

Harry Dickson volvía ya, después de haber registrado toda la casa sin haber descubierto ni rastro del misterioso monstruo que acababa de perpetrar ante sus ojos un doble asesinato.

—Brewster —dijo intentando recobrar la calma—, va a avisar usted a todos los agentes y auxiliares que tenga para que vigilen las casas donde se han cometido los crímenes, aunque eso ya no va a servirnos de mucho... Volvamos a su despacho. Tengo necesidad de reflexionar... Supongo que el ciclo de la muerte se ha cerrado por ahora...

Regresaron a toda prisa a los locales de la comisaría, donde Brewster dio inmediatamente las órdenes oportunas.

—Y pensar que ni siquiera he arrestado a nadie... —gemía.

—Sí, Brewster, incluso va usted a detener a dos.

—¿Eh? —exclamó el comisario lleno de esperanza.

—Mande a dos hombres para que detengan inmediatamente a Charley Niggins y a su mujer...

—¡No es posible! —gritó el comisario.

—¡Haga lo que le digo! —ordenó el detective con rabia. Brewster asintió.

—Ya voy... Pero no puedo creérmelo...

—Escuche, Brewster, amigo mío, termine de creer o de no creer, pero haga lo que le he dicho y, cuando esté de vuelta, le explicaré cómo se atan todos estos cabos.

Brewster se puso su abrigo y salió.

—Jefe... —empezó Tom Wills.

—Calla, Tom. Acércame la pipa y el tabaco...

Pasaron unos minutos en silencio. La habitación se llenó de humo azulado y Tom Wills observaba ansiosamente, sin abrir la boca, el rostro impasible del detective, mientras ascendían hacia el techo los círculos de humo.

Transcurrieron tres cuartos de hora. Tom creyó observar un cierto relajamiento en la crispación de su jefe, cuando retumbaron unos pasos en el vestíbulo y entró Brewster. Venía sudando como si hubiera echado una carrera a pleno sol canicular y movía la cabeza con ademán desolado.

—No he tenido más remedio que desobedecerle y le ruego que me disculpe, señor Dickson —dijo con tono lastimero.

—¿Están detenidos? —preguntó el detective.

—Bueno, verá... A Charley Niggins lo he dejado encerrado en el cuerpo de guardia, bajo la vigilancia de dos policías.

—¿Y su mujer?

—No sé si fue un accidente o un acto voluntario, pero en el momento en que salió de su habitación, se cayó por la escalera y está gravemente herida...

—¿Entonces todavía está en su casa...? —exclamó Dickson fuera de sí.

—No... Ordené que la trajeran aquí y la depositaran en un sofá de la sala. Mi sirvienta está al cuidado de ella y han ido a buscar un médico.

El detective respiró como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

—Está bien —dijo.

—Las dos señoritas Jason están como locas —continuó el comisario—. He intentado tranquilizarlas como he podido, pero he logrado muy poco... En cuanto a Charley Niggins, llora y se lamenta y jura que no sabe nada de nada...

—¿Estaba vestido todavía?

—Sí, y se lo he hecho notar. Por un momento me ha parecido que se sentía acorralado, después me ha dicho que se disponía a ir a darle las buenas noches a su tío, que se acuesta siempre muy tarde...

—¡Regístrelo! —ordenó el detective.

—Ya se hizo, señor Dickson... Me temía que tuviera encima algún objeto que pudiera usar para suicidarse. No le hemos encontrado nada más que este paquetito.

Brewster le tendió al detective una bolsita llena de un polvo amarillo.

—Arsénico amarillo —exclamó Tom Wills. Harry, Dickson apretó los labios.

—Sí, oropimente... Por este motivo han matado esta noche al pobre señor Ashel —dijo lentamente.

LA NOCHE ROJA (Cont.)

—Tendremos que esperar a mañana para iniciar el sumario y llevarlo hasta el final —dijo Harry Dickson—, Pero como presumo que ninguno de nosotros piensa en dormir, les voy a contar lo que ha pasado en Harcester... Escuche, Brewster, hay crímenes que pueden compararse con los cometas: reaparecen en épocas fijas, con sus mismas características, con idénticos objetivos y razones, incluso a veces con los mismos detalles... Deme un mapa de Inglaterra.

Brewster lo colocó sobre la mesa y el detective, después de buscar un momento, señaló con el dedo una pequeña localidad del norte.

—Lea, Brewster.

—Bamchester.

—Eufóricamente recuerda a Harcester, ¿no es cierto? Pues bien, hace más de treinta años vivía en esa ciudad un individuo llamado Pascrew que tenía, óigame bien, un hotel de dudosa reputación en una vieja callejuela cercana a la plaza del mercado... Esa calle se llamaba...

—¡La calle de la Cabeza Perdida! —exclamó Brewster.

—Usted lo ha dicho, amigo mío. Y en seguida va a encontrar más pavorosas similitudes todavía. El caso es que Pascrew manifestaba una viva inclinación por las ciencias ocultas, si bien sólo hasta donde ellas podían serle provechosas. Como primera medida, su hotel se convirtió en una especie de club de espiritistas, y así continuó hasta el momento en que un joven profesor llamado Wood, hombre de una inteligencia verdaderamente privilegiada, transformó ese círculo en una auténtica secta de alquimistas, de acuerdo con las célebres tradiciones de los Rosacruces de la Edad Media.

Hubo un breve silencio y continuó el detective:

—Wood pretendía poder fabricar oro con la ayuda de ese polvo compuesto de azufre y arsénico que conocemos vulgarmente con el nombre de oropimente. Pero el asunto se difundió más de la cuenta y el profesor Wood fue trasladado. Pascrew continuó dirigiendo su club de alquimistas y, cosa rara, parece ser que consiguió realmente llevar a cabo una transmutación del metal. Un buen día desapareció, pero no para siempre, ya que al cabo de algunos meses regresó a su hotel. El único cambio que se le notó es que se había vuelto más distante y taciturno y que no vigilaba regularmente como antes las actividades del hotel.

—Dios mío —interrumpió Brewster—, es lo mismo que pasó con Pascrew...

—¿Olvida usted que le estoy hablando de una ciudad situada a doscientas leguas de aquí y de un Pascrew de hace unos treinta y cinco años? —preguntó burlonamente Harry Dickson.

—No... Pero de ese modo corro el riesgo de extraviarme completamente antes de tiempo —refunfuñó el comisario.

—Voy a ser lo más breve posible... Desde su vuelta, Pascrew había logrado ejercer sobre sus clientes una influencia que no había poseído nunca hasta entonces. El club se

convirtió en una banda de malhechores, hasta el día en que dos o tres miembros se sublevaron, Pascrew dio pronto razón de ellos: los mató. Aquí hay que situar el verdadero despertar del monstruo: había probado la sangre. Una horrenda locura se apoderó de él y mataba a todo aquel que suponía entorpeciendo su camino. Estaba previa y absolutamente convencido de su impunidad, ya que se imaginaba que ciertas prácticas de brujería lo hacían invisible. Pero la justicia fue al fin más fuerte, y Pascrew fue detenido... Se comprobó entonces que aquél no era el verdadero Pascrew, el de antes, sino alguien que había suplantado su personalidad.

Brewster se quedó un momento pensativo después que el detective hubo terminado su relato.

—Dice usted que los crímenes se repiten —murmuró—. No comprendo todavía muy bien...

Harry Dickson le dio unos golpecitos en la espalda.

—Un día, un sujeto a quien llamaré asesino en potencia, es decir, en el fondo del cual se agazapaba el veneno del crimen, leyó el relato de las fechorías de Pascrew, mucho más detallado —naturalmente— que el que acabo de hacerle. Ese sujeto era inteligente, igual que todos los de su especie... Llegó a obsesionarse por ciertas coincidencias, las mismas que hemos hecho notar al principio de nuestra historia, Pascrew, se entiende que el de Harcester, desapareció. No sé ni cómo ni por qué, pero el sujeto que sentía tan horribles inclinaciones vio en ello la mano del destino. ¡Y hará como el otro, el de hace treinta y cinco años!

—¿Y cómo llegó a descubrir al culpable la justicia? —preguntó Brewster.

—¡Bravo, amigo mío! He allí una pregunta que desde luego merece plantearse... Le confieso que voy a hacer lo mismo que ella hizo entonces.

—¿Qué es lo que hizo?

—Recuerde las últimas palabras de Sara Flaggs...

—¿La Cabeza Perdida?

—Exacto. Volveremos a hallarla, al menos eso espero, y muchos de los misterios se aclararán.

Harry Dickson consultó su reloj.

—Actuaremos antes de que amanezca y el rumor de todos los horrores de la noche corra entre la gente.

—¿No desea interrogar antes a Charley Niggins?

—¡Me interesa muy poco!

—Sin embargo, ha hecho que lo detengan —insistió Brewster.

El detective se limitó a encogerse de hombros.

Emprendieron inmediatamente el camino de la dramática casa de las señoras Slowby y Wood.

El agente que estaba ante la puerta se acercó apresuradamente a ellos.

—¿Qué hay de nuevo, Bates? —preguntó Brewster.

—Verá..., de pronto he oído chillar y después reír, pero no sé de dónde podía venir el mido...

—¿Ha establecido usted contacto con su compañero, el que se encuentra en la calle

de la Cabeza Perdida?

—Sí, se acercó un momento hasta la esquina, no se atrevía a abandonar su vigilancia delante del hotel... También ha oído el ruido... Harry Dickson le estrechó la mano.

—Está bien, estupendo...

—¿A usted le parece eso estupendo, señor? —inquirió confuso el agente—. En ese caso, no comprendo por qué no me lo parece a mí también...

Siguieron caminando un trecho y llegaron a la entrada de la famosa callejuela.

Dickson llamó al otro agente.

—El ruido venía de este lado, ¿no es así? —preguntó,

—En efecto, señor.

Dickson arrastró a sus compañeros hacia el alto nicho donde se encontraba la estatua decapitada.

—Lo admirable de la extraña lección del pasado —dijo enigmáticamente el detective— es que vamos a volver a hallar la cabeza perdida,

—¿Cómo? —exclamó Brewster—. No está ahí desde hace mucho tiempo...

—Sí está —repitió el detective—. Debe estar, al menos; si no, toda la teoría que acabo de forjar es sueño y humo... Apuntó con su linterna sobre la estatua.

—¿Ha visto alguna vez —murmuró—, en las tiendas de juguetes, esa especie de rompecabezas que consiste en encontrar una figura disimulada entre otras?

Tom Wills adelantó la mano y empezó a tantear.

—Mire, aquí hay realmente un contorno, entre los pliegues del mando de piedra, que parece un perfil...

—Los escultores y artesanos de los pasados siglos gustaban a veces de esas fantasías —dijo el detective—, Pero aquí hay otra cosa bastante más interesante. ¡Observen bien!

Apretó sobre el ojo, después sobre la nariz y finalmente sobre el mentón del perfil de piedra, y al instante se produjo lo insólito.

La estatua se deslizó en una pirueta como un travieso chico de la calle.

—¡La Puerta del infierno! —anunció Harry Dickson, mostrando una abertura de dimensiones suficientes como para permitir el paso de un hombre.

—Vengan —continuó el detective—. Creo conocer el camino... Descendieron una escalera en espiral que se enroscaba profundamente bajo el suelo.

Bruscamente ocurrió lo extraordinario.

Tom Wills había levantado una gruesa cortina de cuero y se echó hacia atrás deslumbrado.

Una gran sala circular, iluminada por innumerables y enormes cirios, se ofreció ante las atónitas miradas de los visitantes. En el centro aparecía entronizada una deidad horrible, con unas manos gigantescas.

—Baal —murmuró Dickson—, dios de Babilonia.

En el muro circular se abrían numerosos y estrechos corredores, que el comisario se disponía a explorar cuando Harry Dickson lo detuvo.

—¿Sabe usted adonde lo conducirían, Brewster?

—No tengo ni idea.

—Uno al hotel de Pascrow, no hace falta decirlo; otro a casa de las señoras Slowby y

Wood; un terrero a la carretera de Londres, y el último...

—¿A casa del señor Ashel?

—No lo ha adivinado... Pero me guardaré bien de explorarlo por ahora...

—¿Por qué no lo haría?

—Esta noche equivaldría a nuestra muerte. La bestia mata y ahora parece tener la suerte de su lado...

Apenas había acabado de pronunciar esta última frase cuando se echó para atrás empujando a sus compañeros: una ola de fuego surgió repentinamente de un corredor y se expandió rugiendo por la sala.

—¡Maldición —gritó Dickson—, el monstruo ha perfeccionado su espantoso poder! ¡Rápido, por aquí..., es la única forma de poder salvarnos!

Se abalanzaron hacia el corredor del fondo que se abría paso interminablemente por las tinieblas.

Corrieron como locos, perseguidos por un calor tórrido que reptaba en oleadas bajo sus talones, sintiendo que el aire se hacía más agobiante segundo a segundo.

Al fin, un sople más fresco les acarició el rostro y, después de haber subido una violenta pendiente, desembocaron en un gran mazo de zarzas espinosas, en pleno descampado, ya en las afueras de la ciudad.

Volvieron entonces la cabeza y contemplaron una formidable aurora boreal iluminando todo el cielo: ¡Harcester ardía!

...Resulta inútil recordar aquella catástrofe, cuyos detalles permanecen aún muy vivos en la memoria de nuestros contemporáneos...

La villa de Harcester ardió súbitamente, por más de diez sitios a la vez, según se decía.

El centro de la hermosa villa fue completamente reducido a cenizas y una serie de fuertes explosiones, que cavaron hondonadas de diez metros de profundidad, terminaron por convertir a Harcester en un informe montón de ruinas.

El número de víctimas fue considerable, sobre todo entre las familias más destacadas de la ciudad. Tal vez por ello no se prestó excesiva atención durante algún tiempo a los muertos de la calle de la Cabeza Perdida y callejuelas adyacentes que fueron pasto de las llamas, así como a los pobres agentes que montaban guardia en las casas de los criminales, a los prisioneros del comisario o a las señoras Jason.

Un mes más tarde, Harry Dickson entró en su casa de Baker Street y llamó a Tom Wills.

—Nuestro amigo Brewster ya está curado —dijo—. Temí un momento por su razón, pero van a darlo de alta en la clínica y quiere venir a establecerse aquí, para ponerse de nuevo a trabajar con nosotros una vez que esté totalmente restablecido. Espero que sea muy pronto...

—Usted siempre espera...

—¿Hacer la luz donde no ha habido más que fuego, amigo mío? —comentó Harry Dickson sin cierta amargura. Hubo un silencio.

—Siento el peso de una culpa: la de haber negado el genio al monstruo misterioso

de Harcester, no otorgándole otro valor a su personalidad que el de la imitación. Pero he tenido un mes por delante para reflexionar y nada más que para reflexionar. ¡Ah, Tom, cuántos errores pululaban en mi primera información sobre los hechos!

Abrió un cajón de su mesa y sacó un paquete de notas manuscritas:

—No las he clasificado todavía —dijo— y deben presentar cierto desorden; sin embargo, quiero que las examinemos juntos. Tom Wills se situó al lado de su jefe.

—El factor desencadenante de todo el drama es... Betsy Wood, la hija del célebre doctor Wood e, igualmente, su heredera espiritual. Ella es quien primero descubrió la extraña similitud entre la calle de la Cabeza Perdida de Harcester y la de la ciudad nórdica donde, en otro tiempo, se confabuló su padre con Pascrew.

—Después de una serie de complicadas búsquedas en nuestras bibliotecas del Estado —prosiguió Dickson—, pude encontrar que un mismo maestro de obras del siglo XVI había trabajado en Harcester y en Bainchester, cosa que la señora Wood debió descubrir mucho antes que yo. Dicen que el doctor Wood realizó, o creyó realizar, la transmutación del plomo en oro, gracias a ciertas ceremonias, sin duda criminales, ante el dios babilónico Baal. Su hija vino a establecerse poco después en casa de su prima Slowby, a quien ganó para su causa. Era una mujer que llevaba una doble vida: había fundado en Londres un club casi idéntico, cuyos miembros eran reclutados entre extranjeros de dudosa procedencia. Para éstos, la transmutación del metal iba a servir para fabricar eventualmente moneda falsa.

Tom escuchaba atentamente a su jefe y no se permitió intervenir en la argumentación.

—Betsy Wood se sintió obsesionada entonces por la idea de las coincidencias: ella representaba al Wood de antaño, pero le faltaba Pascrew. ¡Y se inventa uno! Lo eligió entre sus comparsas del club de Londres, pero éste debió traicionarla después de un tiempo más o menos largo, y entonces apareció un individuo que conocía, tan bien como ella, la criminal aventura de la ciudad nórdica. Pascrew revive de nuevo. Betsy Wood sabía que aquél no era "su Pascrew"; se mantuvo firme, sin embargo, pero empezó a tener miedo. Se dio cuenta que lo misterioso que se esconde tras él resulta espantosamente terrible y que la alcanzará cuando se lo proponga. Ideó entonces lo de su extraña desaparición, y su prima Bella la secunda. Madie entró en su casa aquella tarde, el día en que preparaban las confituras. Representaron una comedia ante la criada... Se escaparon por el pasadizo secreto que une su casa con la sala subterránea. Una vez allí... son degolladas. Sí, realmente fueron muertas en Harcester y no en Londres.

Tom Wills intervino:

—¿Y por quién, jefe?

—Lee la continuación de las notas, Tom... ¡Por el dios Baal! Por ese monstruo de manos enormes, cuyas huellas ya hemos encontrado, por otra parte...

—¡Imposible!

—Todo parece imposible en este asunto... Continuemos... Sus cadáveres son transportados a Londres y depositados en el antro del club de la señora Wood. Los miembros están muertos de miedo, se acusan mutuamente de asesinato y exigen la ejecución de los sospechosos, bien inocentes por otra parte. Fue en esos momentos cuando

la policía hizo irrupción en la guarida de los fabricantes de oro, y éstos, horrorizados por la misteriosa amenaza que se cernía sobre ellos, prefirieron la muerte a cualquier otra cosa. Parece ser, sin embargo, que la muerte de Betsy Wood privó al "desconocido" de una sustancia infinitamente preciosa que no debía tener a su disposición: el polvo de oropimente, cuyas únicas existencias obraban en poder del señor Ashel. El "desconocido" lo supo de algún modo y fue a buscarlo. Nosotros impedimos que lo robara aquella noche. Dos días más tarde, la locura asesina estalló en la bestia, con las mismas características que la del Pascrew de antaño. Pero, ay, ya había logrado perfeccionar el pavoroso templo de Baal y, sabiendo que estábamos metidos en el asunto, desencadenó la terrible catástrofe del incendio de Harcester.

Tom Wills apartó a un lado las notas.

—Sólo Charley Niggins sabía que el oropimente se encontraba en el laboratorio del viejo boticario..

—Lo tengo anotado, muchacho, y también, para tenerlo presente, que Sara Fleggs estaba más al tanto de los hechos de lo que parecía.

—¿Y Abe Niggins?

—¡Pobre hombre! Quiso jugar a detective, eso es todo...

Tom Wills se frotó pausadamente las manos.

—Yo creo..., bueno, me parece que adivino el nombre del verdadero culpable, del monstruo que regresó bajo el aspecto de Pascrew al hotel de la calle de la Cabeza Perdida... Sin embargo, usted no lo ha consignado en sus notas, jefe... Niggins, el joven, sólo ha podido hablar de ese oropimente con la que se convirtió en su mujer, con Mathilde Jasón...

Harry Dickson volvió a llenar su pipa y no respondió. Llamaron a la puerta de la calle y, a poco, el ama de llaves hizo pasar al despacho al señor Brewster.

El comisario no era sino la sombra de sí mismo, pero sus ojos sonreían y estrechó efusivamente las manos de sus amigos.

—Ah, Dickson —dijo—, tengo la impresión de venir de muy lejos...

—Todos hemos venido de muy lejos —corroboró el detective de buen humor.

—¡Al fin vamos a poder empezar a trabajar de nuevo! —exclamó Brewster—, De ningún modo quiero aceptar mi retiro sin que se hayan resuelto antes tantos misterios.

—Harcester empieza a reconstruirse sobre sus ruinas —dijo el detective—. Aquí, en Scotland Yard, se ha decidido proseguir las investigaciones en el más estricto secreto, para no inquietar demasiado a la opinión pública.

—Todo el mundo ha muerto allí —musitó el comisario con voz sombría.

—Yo no lo creo así —agregó simplemente el detective, y sus labios se plegaron en un gesto enigmático.

—¿Cómo? ¿Ha descubierto usted algo nuevo?

—Desde luego.

Brewster se agitó en su silla, pero Harry Dickson lo calmó con un ademán evasivo.

—Vamos a comer y a vaciar una botella de viejo vino francés... Además, usted debe descansar aún dos o tres días, mi querido Brewster.

—¿Y después?

—¡Nos pondremos en camino!

Brewster iba a seguir haciendo preguntas cuando el ama de llaves anunció que la mesa estaba servida.

Durante todo el tiempo que duró la comida no volvió a hacerse ninguna alusión al asunto.

Harry Dickson sostuvo una conversación animada y brillante, salpicada de anécdotas. Tom Wills reía y aprobaba con la cabeza, teniendo cuidado de no perderse una sola palabra. El comisario evocó algunos recuerdos de su pobre y querida ciudad.

Finalmente, cuando sirvieron el café y los licores, Harry Dickson desplegó un mapa de carreteras y señaló exactamente un sitio.

Brewster, que miraba por encima de su hombro, exclamó:

—¡Bamchester!

—La ciudad donde el primer Pascrew ejerció su siniestro oficio —añadió Tom.

—En realidad, el monstruo no ha muerto y continúa viviendo en su entumecido sueño de brujerías, de poder satánico y de gusto por el crimen.

—¿Volverá entonces a empezar?

—Sí, si se le deja tiempo, cosa que no haremos... Dickson plegó el mapa y dijo lentamente:

—Las tres señoras Jason y Charley Niggins viven ahora en Bamchester bajo nombres supuestos.

LA TRANSFORMACIÓN MONSTRUOSA

Dice el refrán que dos gotas de agua son idénticas entre sí, pero no hay en el mundo dos cosas de apariencia tan semejante como dos pequeñas ciudades inglesas de provincias.

Bamchester recordaba en muchos aspectos a Harcester.

Tenía la misma Plaza Mayor en forma de hoz, el mismo ruinoso Ayuntamiento, la misma espadaña con cúpula de piedra rosada.

Cualquiera que hubiese visitado ambas ciudades se habría sorprendido de no encontrar al señor Ashel en Bamchester o a la señora Wicks en Harcester.

La señora Wicks había alquilado una vieja casona rodeada de un hermoso jardín cercado de altos muros, y allí vivía en la estima de sus conciudadanos y conciudadanas, a pesar de que su residencia en Bamchester arrancara de una fecha relativamente reciente.

Una señora de compañía, cuyo rostro desapacible aún lo parecía más en virtud de unas gafas de concha, vivía bajo su mismo techo y la acompañaba a sus visitas a la iglesia. Atendía ésta al breve y sonoro nombre de miss Cott, lo cual no es más que un modo de hablar, ya que apenas respondía al saludo de la gente y sus modales eran tan ariscos que nadie se preocupaba de preguntarle por su salud o de hablarle de la lluvia o del buen tiempo.

El día era templado y un poco brumoso, y al caer la tarde la señora Wicks atravesó la explanada del Ayuntamiento del brazo de miss Cott para ir a la iglesia, donde tocaban a vísperas. Un renombrado predicador había sido anunciado, lo cual constituía un verdadero acontecimiento para Bamchester.

En el umbral de las puertas, las gentes se saludaban y se citaban para después del sermón: los hombres para tomar una copa y fumar un cigarrillo, y las señoras para beber una taza de té y mordisquear unas pastas.

Cuando la iglesia estuvo llena de gente, las calles se quedaron desiertas y silenciosas, pues los que no eran devotos y no acudían al sermón, tampoco se atrevían a mostrar su indiferencia y preferían quedarse en casa.

Los muros de la parte de atrás del jardín de la señora Wicks daban a una especie de jungla en miniatura que había sido antiguamente prado comunal, pero que estaba abandonado desde hacía muchos años a las malas hierbas y a los perros vagabundos.

De modo que no había nadie por allí que pudiera fijarse en aquellos tres hombres que bordeaban el muro del jardín de la señora Wicks y cuyos pasos eran, por lo menos, sigilosos.

—No son más que dos en la casa, señor Dickson —dijo Brewster, que se sentía muy seguro con los informes administrativos que había recogido—. Por tanto, no puede tratarse de las señoras Jason y de Charley Niggins.

Harry Dickson no contestó, ocupado en empujar con todas sus fuerzas la puerta del jardín, cuyo pestillo crujió.

Logró abrirla después de un segundo empujón.

—Entren rápido —ordenó el detective—, no tenemos tiempo que perder. No quisiera

de ningún modo ver llegar a las señoras...

Si el prado comunal vecino era una selva de ortigas, de avenas locas y de zanahorias salvajes libremente multiplicadas, el jardín de la señora Wicks no tenía nada que envidiarle. La cizaña crecía casi hasta la altura de un hombre y taponaba en parte los muros.

Aquellas señoras debían desconfiar del mundo exterior, ya que Harry Dickson y sus compañeros se tropezaron con unos sólidos postigos cubriendo las ventanas y con unas puertas firmemente cerradas con tres vueltas de llave.

El detective no tuvo en cuenta para nada las precauciones usuales; frente a la manifiesta contrariedad de Brewster, que temblaba siempre ante cualquier intentona de "allanamiento de morada", forzó con una barra de hierro uno de los postigos, lo arrancó y empleó la barra torcida para romper algunos cristales.

—Señor Dickson, quizá... —balbució Brewster.

—El sermón dura poco más de una hora —interrumpió Dickson— y las señoras no se entretendrán en el camino de vuelta... Le repito, Brewster, que debemos haber terminado antes de que regresen, ¿comprende?

Ayudó a sus compañeros a penetrar en una sala oscura, completamente vacía de muebles.

Dickson no se detuvo y pasó en seguida a un espacioso vestíbulo, cuyo eco amplió el ruido de sus pasos.

—¡Charley! —gritó.

—... arley —hizo el eco.

Repitió su llamada, y luego Tom Wills y Brewster unieron su voz a la del detective.

—¡Ha contestado! —exclamó de pronto Tom Wills—. Parece que está muy lejos...

Harry Dickson sonrió.

—Decididamente esta gente se siente muy atraída por los sótanos —dijo con cierto sarcasmo.

El subterráneo de la casa de la señora Wicks estaba formado por una serie de bodegas vacías y sucias, completamente abandonadas.

Volvieron a llamar a Charley, pero esta vez no obtuvieron ninguna respuesta. Por otra parte, la exploración del sótano había llegado a su fin sin haber conseguido nada.

El detective estaba perplejo.

—Volvamos al vestíbulo —decidió. Una vez allí la llamada fue repetida:

—¡Charley!

Una voz lejana, débil, ahogada, respondió.

—¡Por aquí...!

—¿Por dónde?

—... no sé.

—¡Diablos! —gruñó el detective—. El tiempo pasa...

Se repartieron la tarea para someter la casa a una exploración en regla; al cabo de un tiempo relativamente largo volvieron a encontrarse los tres en el vestíbulo, mascullando su impotencia.

Dickson comenzó de nuevo a llamar a Charley, del que recibía cada vez más débiles

respuestas, ya casi inaudibles.

De pronto hizo rechinar los dientes; una campanilla empezó a tintinear en la noche y se oían a lo lejos ruidos de voces y de pasos.

—¡El sermón ha terminado! —gruñó—: Y no hemos conseguido nada...

Reflexionó un momento con las cejas fruncidas.

—Óigame, Brewster —dijo—, y tú también, Tom... De momento no pueden serme útiles, sino todo lo contrario... Salgan de la casa por la puerta del jardín y estén atentos para intervenir en caso de que les llame... Lleven el coche con las luces apagadas a unos pasos de la puerta y esperen allí...

Tom Wills, que vigilaba por una rendija la llegada de la gente a la Plaza Mayor, exclamó:

—Supongo que las que doblan ahora la esquina son las señoras en cuestión...

Brewster miró a su vez y tuvo un sobresalto.

—¡Por el amor de Dios, son ellas! —musitó—. Me pregunto cómo han podido escapar del incendio de Harcester...

—¡Piense! —contestó Dickson—, Y ahora déjeme actuar...

Corrió al azar por una serie de habitaciones casi vacías y desembocó en una sala más o menos amueblada, en una de cuyas paredes se abría un amplio armario.

Se instaló en su interior lo más cómodamente que pudo y descubrió con satisfacción que en la enorme puerta había unas rendijas que le permitían echar una ojeada a la habitación.

Un minuto más tarde la puerta de la calle se abrió chirriando y unos pasos resonaron en el corredor, dirigiéndose a la sala del armario.

Harry Dickson oyó el chisporroteo de una cerilla y la rubia luz de una vela le llegó a través de las rendijas de la puerta.

De pie ante la mesa, la señora Wicks se quitó lentamente su velo. Cualquiera que la hubiese conocido habría descubierto en aquellos rasgos ascéticos los de miss Elody Jason.

Después de permanecer un momento inmóvil, se dejó caer en una silla con un profundo suspiro.

—¡Muriel!

—¿Qué? —preguntó una voz lastimera.

—¿Cómo te sientes esta noche, hermanita?

—Bien, Elody... He rogado con toda mi alma para que la cosa no vuelva...

—¡Ve a buscar a Charley!

Harry Dickson vio la escuálida silueta de miss Muriel Jason acercándose con la vela; sus hombros se agitaban y unos sordos sollozos estremecían su hundido pecho.

—Sí, hermanita...

Harry Dickson tuvo que hacer un esfuerzo para no salir del armario, pistola en mano, y obligar a Muriel a que le descubriera el escondite de Charley. Pero se limitó a escuchar, esperando que algún ruido pudiese revelárselo.

Muriel levantó la vela a la altura de su cabeza y salió a paso lento.

¿Salir? No... Con gran alarma por su parte, el detective vio aproximarse el resplandor de la vela y detenerse ante la puerta del armario. Dickson apenas tuvo tiempo de

acurrucarse y esconderse lo mejor que pudo en un rincón, cuando la puerta se abrió.

Muriel penetró en el espacioso armario, pero no vio al intruso. Puso toda su atención en la pared del fondo y, después de tantear unos momentos, entreabrió una puerta secreta y desapareció.

Harry Dickson hizo una mueca, entre disgustado e irónico. "He aquí la historia del hombre que sale a buscar la fortuna —se dijo— mientras ésta duerme en su puerta... No había pensado en la casa de al lado, que parece disfrutar del mismo jardín que ésta...".

No tuvo tiempo de reflexionar más. Alguien andaba detrás del muro del fondo del armario y la puertecita fue empujada.

Charley Niggins apareció precediendo a Muriel. Andaba con la cabeza baja, como un animal apresado. Pasaron rozando al detective sin que ninguno advirtiera su presencia.

Apenas Muriel cerró de nuevo el armario, se puso Dickson a mirar por la rendija.

—Charley —dijo secamente miss Elody—, siéntese en esa silla y escúcheme.

Charley obedeció, inclinando la cabeza en señal de sumisión.

—Mi deber, nuestro deber, sería el de entregarle a la justicia —continuó la mayor de las hermanas Jason—, pero sin duda esa justicia no iba a entenderlo y castigaría antes al inocente que al culpable.

—¡Yo no soy culpable! —gimió el joven.

—Sí —gruñó sordamente miss Elody—, usted lo sabe... y precisamente porque lo sabe ha obrado... como ha obrado.

—Todo está ahora tranquilo —replicó Charley en el mismo tono sumiso—, la cosa no volverá a aparecer...

—¿Qué sabe usted, desgraciado? Nosotras hemos luchado toda la vida contra ella..., sí, contra esa cosa surgida de las tinieblas, a pesar de estar seguras de que jamás llegaría hasta el crimen... ¡Pero usted, miserable, al descubrirla, se sirvió de ella para sus tenebrosos fines!

Harry Dickson sintió, de repente, como una sacudida eléctrica en todo su cuerpo: era como si hubiese sido inundado por una luz cegadora, una luz que se hacía bruscamente en medio de la oscuridad y que el detective no había buscado nunca donde ahora pensaba que debía hacerlo.

No se preocupó más del deprimente diálogo que se desarrollaba en el sórdido comedor, y su mano buscó en la pared el cerrojo que abría la puertecita secreta. Cuando lo encontró empujó con cuidado el batiente.

A la luz de su linterna vio un pequeño vestíbulo sucio y polvoriento, con unas huellas de pasos claramente marcadas sobre las baldosas.

Las mismas huellas le mostraron un camino que lo condujo a la planta baja, a un salón con las ventanas completamente cerradas y tenuemente iluminado por una lamparilla.

Sobre un diván, una mujer dormía profundamente: la señora de Charley Niggins; de soltera, Mathilde Jason.

Sus cabellos se habían vuelto totalmente blancos, pero el rostro conservaba su habitual placidez.

—¡Al fin! —murmuró el detective. Corrió hacia la puerta del salón y comprobó que,

efectivamente, comunicaba con el jardín de las Jason. Abrió a toda prisa los dos batientes y se volvió hacia donde estaba la mujer dormida, a quien tomó en sus brazos.

Después atravesó corriendo la pequeña selva del jardín, no obstante la carga que pesaba sobre todo su cuerpo.

Tom Wills y Brewster estaban aguardando.

—Métenla en el coche y no la dejen sola, aunque no creo que se despierte hasta que pase algún tiempo... Está sumida en una especie de sueño cataleptico...

—¡Si es Mathilde Jason! —exclamó Brewster.

—¡Hasta pronto! —se limitó a comentar Dickson—, Me vuelvo otra vez a la casa...

Atravesó el jardín, y al cabo de unos momentos ya estaba instalado de nuevo en el armario.

En el comedor, las dos hermanas Jason lloraban entrecortadamente, y Charley Niggins, siempre con la cabeza baja, permanecía mudo.

Harry Dickson respiró profundamente, y después de abrir de un golpe la puerta del armario irrumpió en la habitación.

Lo recibió un triple grito de espanto.

—No se asusten... —dijo el detective—, y sobre todo permanezcan tranquilos, si no quieren que haga uso de mi pistola...

—¿Quién es usted? —aulló miss Elody Jason. Charley Niggins lanzó un grito desgarrador.

—¡Quienquiera que sea, sálveme...!

—Soy Harry Dickson.

—Oh... —gimió la mayor de las mujeres tapándose la cara con las manos—, ¡Todo está perdido...!

—Su hermana Mathilde es mi prisionera —dijo el detective—. Está en manos de dos de mis compañeros.

—¡No le cause ningún sufrimiento, señor! suplico miss Elody con manifiesta desesperación—. ¡Ella..., ella no sabe nada!

—¡Hable, la escucho! —ordenó severamente el detective.

—...Sí, señor Dickson... Todo empezó cuando Mathilde tuvo unas crisis que creíamos que eran epilépticas y que ocultamos celosamente. Pero esas crisis se transformaron poco a poco en otras inexplicables... Mathilde no era la misma; con frecuencia su cara cambiaba totalmente. Hacía y decía cosas prodigiosas en esos momentos: encontraba en un abrir y cerrar de ojos la solución a los más difíciles problemas; hablaba en antiguas lenguas que nunca había aprendido; pintaba cosas admirables y extrañas, precisamente ella, que no sabía ni sostener un lápiz... A veces nos sumía en abismos de terror, cuando en vez de asombrarnos con su inteligencia, nos asombraba con actos de una increíble y brutal fortaleza: rompía barras de acero como si fuesen de cristal, levantaba pesos enormes, ella...

—Parecía una tigresa... —sollozó miss Muriel—, Una noche mató a un pobre caballo en una callejuela vecina...

—Como lo hubiera hecho un tigre... —repitió sollozando miss Elody.

—Cuando se despertaba no se acordaba de nada, y otra vez era la dulce y buena Mathilde de siempre, tan amable y cariñosa...

La mayor de las Jansen volvió su rostro, con ademán acusador, hacia Charley Niggins.

—¡Y él..., él lo había comprendido todo! Había estudiado Ciencias en la Universidad de Londres y calculó los horrendos beneficios que podía sacar de ella. El, Charley Niggins, que frecuentaba esa abyecta casa de la calle de la Cabeza Perdida, ocultista por conveniencia, desesperado por no poder descubrir lo que él llamaba el secreto del oro, se imaginó que llegaría a dominar las misteriosas crisis de diabólica inteligencia de nuestra hermana... Se ganó su confianza, se hizo amar por ella... Por aquellos días, de acuerdo con la infame Betsy Wood, introdujeron a Mathilde en su círculo. Los dos cómplices le hicieron leer el relato de los tenebrosos crímenes de Pascrew en Bamchester, con la esperanza de trasplantarlos a Harcester y sacar de ellos formidables ventajas... Pero la fuerza misteriosa los sobrepasó... En unos momentos más terribles que todos, Mathilde se convirtió en un monstruo de infinita y criminal inteligencia... Poseía entonces el extraordinario don de una segunda vista: se diría que veía a través de los muros, que escuchaba las maquinaciones más secretas... Y llegó a convertirse en la cosa de las tinieblas, en eso que tanto temía y que, sin embargo, era ella misma...

Miss Elody Jason se derrumbó con estas últimas palabras y estalló en frenéticos sollozos.

Harry Dickson se quedó algún tiempo callado; después, se plantó frente a Charley Niggins, lo agarró por los hombros y le preguntó con voz dura:

—¿Es cierto todo eso, Niggins?

—¡Sí, señor!

El detective lo miró con desprecio.

—Vamos a ver, muchacho... Yo le creo capaz, fácilmente, de haberse ganado la amistad e incluso el amor de Mathilde Jason para sacar de ello algún provecho material; también le creo muy capaz de haberla comprometido haciéndola frecuentar una casa de mala fama... Pero que toda esta diabólica maniobra haya salido de su cabeza de chorlito, ¡ni hablar, muchacho!

Harry Dickson lo había cogido por el cuello y lo sacudía como a un chico que merece una reprimenda.

—¿Quién estudió de cerca las crisis de Mathilde Jason? —preguntó con ademán colérico.

Charley se mordió los labios y permaneció en silencio.

—¿Quién le sugirió que encarnara esa monstruosa divinidad pagana llamada Baal?

—¡No, no, no es verdad! —gritó el joven.

—¿Y quién fue el que, pretendiendo actuar como un maestro de magia, no fue más que un vulgar aprendiz de brujo y pagó cara la audacia de, querer dominar unas fuerzas desconocidas?

Charley Niggins lloraba.

—Fue Abe Niggins —dijo gravemente Harry Dickson—. Ahora está muerto, muerto a manos del demonio a quien tentó sacándolo de los abismos del infierno... En el fondo él es el único culpable de todo. Los demás no son más que frágiles comparsas o instrumentos inconscientes...

Unas exclamaciones de alarma llegaron de pronto desde fuera.

—Son Tom y Brewster —murmuró Dickson lanzándose hacia el jardín, seguido de Charley y de las dos hermanas Jason.

—Pa... pasa algo extraño, horroroso.. —gritó Tom cuando vio acercarse a su jefe—, ¡Venga a ver...!

Mathilde Jason estaba dentro del coche como sostenida por una insólita rigidez. Tenía los ojos cerrados y la cara lívida; todo su ser experimentaba una transformación monstruosa.

Crecía visiblemente y su cabeza adquiría unas enormes dimensiones; las mejillas se hinchaban y una máscara infernal se dibujaba sobre su rostro.

—¡Las manos, miren las manos! —chilló Charley Niggins. Se habían vuelto gigantescas, como una espantosa tripa dilatada hasta límites desmesurados.

—¡Baal! —exclamó Harry Dickson inmovilizado por el horror. De repente, el monstruo vaciló, se arrugó sobre sí mismo, se deshinchó y cayó pesadamente en tierra.

Lentamente fue adquiriendo de nuevo los rasgos familiares de Mathilde Jason, sobre los que se extendió una serenidad sin límites.

—Ha muerto... —gimió Charley Niggins.

Harry Dickson se alejó unos pasos, impresionado y meditabundo.

—Ya no volverá a animarla el espíritu del demoníaco Abe Niggins —murmuró—, Ah, cuántas cosas terribles y fantásticas llegó a descubrir ese hombre...

—Nunca pensé que fuera posible nada parecido —dijo Brewster temblando.

—Acuérdese de la misteriosa mano de fuego escribiendo "Mane, Tecel, Fares" en los muros de la sacrílega Babilonia —respondió pausadamente Harry Dickson— y tenga bien presente que toda la ciencia hermética de los antiguos es letra muerta para nosotros...

La noche era estrellada y el coche iba de regreso a Londres.

—Brewster —murmuró de pronto Harry Dickson—, en los últimos siglos no siempre se han cometido errores irreparables al quemar a los brujos... La ley está hoy prácticamente desarmada ante los que captan fuerzas tenebrosas para ponerlas al servicio de sus pasiones, impulsándolos muchas veces a los crímenes más atroces...

—Afortunadamente, usted lo vio claro... —comenzó a decir el comisario.

Harry Dickson esbozó una breve y amarga sonrisa.

—¿Yo? ¿Se ha vuelto usted loco de pronto, mi querido amigo? No, yo no logré verlo claro del todo... Casi todas mis investigaciones son una sucesión de errores, de avances y retrocesos en el vacío, de derrotas incluso... A mí me parece que si, al fin, conseguí acertar ha sido porque el espíritu del Bien ha querido ayudarme contra el espíritu del Mal... En todo caso, si alguna vez se escribe esta terrible aventura que la apunten a mi pasivo antes que a mi activo.

EPILOGO

Un año más tarde, en Margate, donde Harry Dickson pasaba unos días de vacaciones a la orilla del mar, oyó que lo llamaban suavemente por su nombre. El detective se acercó a una pareja que descansaba en unas tumbonas y que se levantó para saludarlo.

—¡Señor Niggins! —exclamó Dickson, sin poder ocultar su sorpresa al reconocer, en un caballero prematuramente envejecido, a uno de los tristes protagonistas del asunto de la calle de la Cabeza Perdida.

Recibió una amarga sonrisa como respuesta su exclamación.

—Le presento a la señora Niggins, mi mujer:

Una señora seca, angulosa, con facciones duras y severas, saludó inclinando la cabeza.

—Señora Muriel... —empezó a decir Dickson.

—Muriel murió pocos días después que Mathilde... —aclaró la señora—. Yo soy Elody Jason y exigí a Charley que se casara conmigo...

Había en sus ojos una alegría tan vengativa que el detective dio media vuelta y se alejó sin dirigirles ninguna otra palabra.